

La poesía es la esencia misma de la conciencia que uno adquiere de la grandeza y la belleza de la condición humana, y a través de eso crea la conciencia de lo que es el hombre, de la realidad dentro de la cual vive el ser humano. La poesía es una fuerza tremendamente concientizadora.

Hace más de medio siglo que trabajo todos los días con la poética de mis poetas amados y de mi propia creación. Sin embargo, no he encontrado la medida universal, la cinta métrica para decir quién es mayor o quien es más grande. Todos somos poetas, solo que cada uno de nosotros tiene sus predilectos.

Nadie se hace poeta. La poesía es un don. Uno se puede hacer escritor, pero el poeta ha de estar dotado de la sensibilidad en el corazón, de inteligencia. No hay novelista de gran calidad, de gran profundidad, que no tenga la dimensión poética en su obra. Cito un fragmento de Faulkner, de su libro *Luz de agosto*: «Así como la rosa tiene su perfume y como la cascabel tiene su veneno, cada persona tiene en su nombre su advertencia. Él se llamaba Cristo». Las metáforas de ese libro daban dimensión a ese libro admirable.

El arte debe servir a la vida

Neruda me decía: «compañerito, haces demasiadas ramas en el árbol de tu conversación». Yo le contestaba que las suyas eran más largas que las mías, y más gruesas también. Pero todas las ramas que hago son del mismo árbol, que es el árbol de la vida, es la vida del ser humano en ese lugar tan lindo y tan maltratado que es el planeta Tierra. Yo me considero un hermano de todos los seres humanos desde el día en que como Miguel Hernández, en un lindo soneto, dijo: «Está marcado con un hierro en el costado, todo mi corazón, todo mi ser, se quedó marcado por el dolor de una niña, atravesando el ardiente cañaveral del nordeste brasileño, se murió en mis brazos y murió de hambre. Se llamaba Isabela».

Mi poesía, muy lírica, era sobre todo metafísica, indagación sobre el ser, las preguntas que nos hacemos todos nosotros sin formularlas. Pero dejé al ser a un lado, y pasé a preocuparme por la vida de los hombres. Creo que la poesía sirve a la vida del ser humano. A partir de ese día, de ese episodio, trato de hacer que mi vida, y por tanto mi poesía, fruto y flor de mi existencia, sirvan cada día más y mejor, a mi manera, a la vida humana.

Continúa en la página 10

La poesía es un DON

Thiago de Mello
Brasil

Ilustración: Darian



Dudoso de lo que afirma, dominado por la polémica y el diálogo, y recto en su porte político, Erick Toussaint (1954, Bélgica), huésped de Cuba en 16 ocasiones, preside el Comité por la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo (CADTM), red internacional con sede en su patria. Nacido en Retinne —municipio de Fléron, provincia de Lieja, región de Valonia—, no se considera uno de los tanques pensantes de las opciones al neoliberalismo, pero lo es. De 1,84 metros, 95 kilogramos, y barba cerrada y blanca, como el cabello, se aleja del niño que jugaba entre las escombreras de las minas de carbón, representa dos lustros más de los que tiene, es un hombre modesto, y solicitó ayuda cuando le pedimos su retrato hablado. Sus padres, humildes, llegaron a ser maestros de escuela, cosa que para ellos ya fue un paso de avance, de modo que nunca abrigaron la esperanza de que alguno de sus tres hijos cursara altos estudios. No obstante, en el 2004, el benjamín de la familia, a los 50 años, recibiría el Doctorado en Ciencias Políticas de dos universidades europeas, Lieja y París-8, y estaría mejor preparado para seguir integrando el Consejo Internacional del Foro Social Mundial.

Toussaint, historiador, politólogo, autor de *La bolsa o la vida: las finanzas contra los pueblos* y convencido de que los millonarios llegan a serlo a causa de un *statu quo*, reconoce que sus progenitores le dejaron una herencia de gloria: el ideario antirracista. Sus luchas, combinadas con el magisterio, han sido contra el propio racismo, los peligros de guerras y las guerras mismas, los abusos con los obreros y estudiantes, y el pago de la deuda de los países pobres. Sentirse retoño del planeta es la condición *sine qua non* para que un hombre belga, chino o cubano, pueda plantearse semejantes batallas. Así se siente Erick Toussaint, hijo del mundo. Los vasos comunicantes entre el postulado marxista, «un pueblo que oprime a otro nunca podrá liberarse» y el grito de dolor de una mujer hondureña, «prefiero ser la madre de la víctima antes que la madre del verdugo», son puntos de vista éticos y morales básicos que para él urge rescatar.

El sur tampoco existe

Hace un año, en el séptimo *Globalización y Problemas del Desarrollo*, usted señaló el actual cometido del Banco Mundial

la bolsa o la vida

(BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI), pero, ¿cómo aparecieron estos en la geografía actual?

El BM, junto con el FMI, fue creado tras la Conferencia de Bretton Woods. Ese es el nombre por el que pasó a ser conocida la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas efectuada en julio de 1944 en la localidad homónima del Estado norteamericano de New Hampshire. La Conferencia, a la cual acudieron representantes de 44 países, fue convocada para intentar lograr la estabilidad de las unidades monetarias y del crédito, y, con ello, conseguir un nuevo orden económico internacional cuando finalizara la Segunda Guerra Mundial.

Se habla de BM sin tener en cuenta que en verdad existe todo un denominado Grupo del Banco Mundial.

El Grupo del BM se compone de cinco instituciones afiliadas. Entre ellas destacan, una, el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), que financia proyectos sectoriales, públicos o privados, en especial de los países del Tercer Mundo, y acuerda créditos concernientes a grandes esferas de actividad como son la agricultura y la energía; y dos, la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID), señalada por sus préstamos a largo plazo —entre 15 y 20 años— con bajas tasas de interés, dirigidos a los países menos industrializados. El Grupo del BM lo integran, además, la Corporación Financiera

Internacional (CFI), gestora del financiamiento de instituciones o empresas privadas; la Agencia Multilateral de Garantía de las Inversiones (AMGI); y el Centro Internacional de Arreglo de Diferendos relativos a las Inversiones (CIADI).

Por extensión, y debido a ser el principal organismo de este grupo de organizaciones, cuando decimos BM estamos hablando del BIRD.

Recordaba usted que el FMI nació junto con el BM.

Sí, por su origen el FMI sería el defensor del nuevo sistema de cambios fijos. Sin embargo, a poco de caducar los acuerdos de Bretton Woods (1971), siguió en pie, y se transformó en gendarme y bombero del capitalismo mundial: gendarme cuando impone los programas de ajuste estructural; bombero cuando interviene para apuntalar a un país tocado por la crisis financiera. Su *modus operandi* coincide con el del BM, y considera el reparto del derecho del voto según los aportes nacionales. Cinco Estados dominan: EE.UU. (17,35% de voces), Japón (6,22%), Alemania (6,08%), Francia (5,02%), y Gran Bretaña (5,02%). Los otros se juntan en grupos dirigidos, a su vez, por un país. El más importante lo encabeza Bélgica, posee un 5,21% de votos y está integrado por Austria, Bielorrusia, Eslovenia, Hungría, Luxemburgo, Kazajstán, República Checa y Turquía. El menos trascendente lo preside Gabón, apenas cuenta con un 1,17% de voces y reúne a Benin, Burkina Faso, Cabo Verde, Camerún, Comores, Costa de Marfil, Chad, Malí, Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial, Madagascar, Mauricio, Togo, Mauritania, Nigeria, República Centroafricana, República del Congo, Rwanda, Senegal, Yibuti y Sao Tomé y Príncipe. Nótese, entre líneas, su verdadera naturaleza...

Sobre el presente papel de estas instituciones, ¿qué subrayaría usted?

A juzgar por el reparto antes descrito, el BM y el FMI son instrumentos en manos de las mayores potencias industriales, con EE.UU. al frente, para domesticar a los gobiernos de los países de la periferia, entiéndase del Tercer Mundo y del antiguo bloque socialista.

¿Domesticar?

Sí, para supeditar a aquellos gobiernos a los intereses de las transnacionales, a los intereses de los países más desarrollados, a los intereses de las instituciones políticas que gobiernan allí, a los intereses de las clases capitalistas de estas potencias hegemónicas: no existe una clase capitalista mundial homogénea, perdura un nexo de dependencia de las clases capitalistas de los países periféricos respecto de las clases de los centros imperialistas. El BM, de conformidad con el FMI, realiza sus intervenciones en una perspectiva macroeconómica, impone la implementación de políticas de ajuste para equilibrar la balanza de pagos de los países endeudados y «aconseja» a los sometidos a las terapias del FMI, el modo de reducir los déficit presupuestarios, de movilizar el ahorro interno y de liberar las tasas de cambio y los precios, mientras incita a los inversores extranjeros a instalarse en el Sur.

Allende los bancos y los fondos

Usted dijo que dicho papel lo asumieron estas instituciones sobre la marcha.

Al principio el BM y el FMI regularían el sistema capitalista e impedirían la degradación competitiva entre los países imperialistas, sirviendo al restablecimiento de Europa y Japón luego de la Segunda Guerra Mundial, mas el papel del BM comenzó a cambiar en los años 60, y sobre todo en 1968, cuando Robert McNamara dimitió del cargo de secretario de Defensa de EE.UU. para convertirse en su presidente, puesto en el que permaneció hasta 1981. Del mismo modo, las tareas del FMI

Entrevista con
Erick Toussaint



Hilario Rosete
Cuba

empezaron a «crecer» a partir de los 70, y en especial a inicios de los 80, cuando estalló la crisis de la deuda externa del Tercer Mundo (1982). Desde entonces, ambas entidades forman un tándem perfecto: aúnan fuerzas y se complementan para disciplinar a los países endeudados e imponerles políticas de ajuste estructural. ¿Resultados? Estos abren sus economías a las inversiones y exportaciones de las transnacionales, y terminan respondiendo a los intereses estratégicos, geopolíticos, de las superpotencias.

También se refirió a las crisis que sufren ambos organismos.

Crisis de indole diversa. En los predios del BM, en la segunda mitad de los años 90, se intentó el ensayo de políticas económicas heterodoxas, es decir, trataron de activarse espacios keynesianos según las fórmulas del experto británico J. M. Keynes (1883-1946); de ahí la elección de J. E. Stiglitz como economista-jefe (1997-1999), y de otros nombramientos reformistas. La tentativa terminó con la salida de Stiglitz, a fines de 1999, y con la renuncia, en junio de 2000, de Ravi Kanbur, jefe del equipo que redactaba el Informe (del BM) sobre el Desarrollo Mundial. La crisis interna igual se dio en las filas del FMI con el retiro, antes del término de su mandato, de M. Camdessus, su director gerente, y ahora con el de Kenneth Rogoff, su economista jefe, un neoliberal que dice que prefiere regresar a su universidad y dedicarse a los estudios.

Del mismo modo, el BM y el FMI padecen crisis de legitimidad.

Estas ocurren en medios contrapuestos: una, frente a una parte de la clase política dominante de EE.UU., y otra, frente a la opinión pública mundial. Mientras un sector de aquella clase norteamericana juzga innecesario el uso de instituciones multilaterales para dictar a otros la línea de su gobierno —alegan que son un lujo inútil para la política exterior yanqui, que pueden arreglárselas con acuerdos bilaterales—, en los últimos años se sucedieron inéditas, constantes y masivas movilizaciones contra esos organismos a lo largo y ancho del planeta.

Se trata de una nueva forma de resistencia de los pueblos contra el capital.

En ella participan diversos movimientos y organizaciones, inclusive de países antiguamente socialistas como la República Checa. Estuve allí en septiembre de 2000, durante la campaña contra la 55ª Cumbre Anual del FMI y del BM. Esta sería la primera reunión de su tipo en Europa Central y Oriental. Miles de representantes del capital se reunirían en Praga, y a ellos nos opusimos otros tantos manifestantes llegados de Italia, España, Grecia, Finlandia, Bélgica... El anuncio, por parte de los mandatarios, de la clausura anticipada de la cumbre, fue nuestra gran conquista. Debieron separarse sin llegar a un arreglo, totalmente desmoralizados. Se reunían en un edificio de la época del socialismo real, en una especie de bunker que, con una salida especial hacia el metro, les evitaba enfrentar las protestas, pero infiltramos el subterráneo y los mantuvimos bloqueados y angustiados durante horas entre el túnel y la plataforma. Debían arribar a otro sitio de la ciudad para cenar y escuchar una ópera, e igual los retuvimos a la entrada del teatro, y, por supuesto, no hubo cena ni ópera. Tres años después, en septiembre de 2003, tendrían que reunirse en Dubai,

ciudad del noreste de los Emiratos Árabes Unidos, en la costa oriental de la península arábiga...

Muchos se preguntan si los países pobres podrían salir adelante al margen del BM y del FMI.

Los créditos de estas entidades no son donaciones, sino préstamos reembolsables que hay que pagar con intereses y con la adopción de medidas. El asunto es hallar nuevas fuentes de financiamiento. No comparto la idea de que estos países no tienen cómo respaldar su progreso. Mediante políticas redistributivas, a través de legislaciones tributarias, cobrándoles a los ricos una tasa excepcional sobre su patrimonio —los ricos de Argentina, Brasil o México amasan un caudal enorme—, podría financiarse un importante fondo de desarrollo interno. Así se impone su intervención activa en el comercio mundial, formando frentes de productores para aumentar los precios al estilo de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP). El fomento del precio de venta, del petróleo o de otras materias primas y productos básicos, aumentaría los ingresos por concepto de exportación, y estos, a su vez, potenciarían el mercado interno.

Acciones, bonos, muerte, vida y amor

Usted también aconsejó el establecimiento de tasas globales a escala internacional.

Exacto, y el paradigma es la conocida tasa Tobin, impuesto sobre las transacciones de cambio, o sea, sobre las conversiones de moneda, propuesto en 1927 por el economista estadounidense James Tobin para estabilizar el sistema financiero internacional. La idea ha sido retomada por la Asociación por una Tasa a las Transacciones Especulativas y la Acción Ciudadana (ATTAC) y por otros movimientos empeñados en el hallazgo de alternativas, entre ellos el CADTM, con el fin de reducir la especulación financiera y redistribuir el beneficio del impuesto entre los más necesitados. Los especuladores que se dedican a cambiar dólares por yenes, luego yenes por euros, más tarde euros por dólares, y así sucesivamente, convencidos de que esta moneda se depreciará y que aquella otra se apreciará, tendrían que pagar una tasa mínima por cada una de esas transacciones, entre el 0,1 y el uno por ciento. Según ATTAC, el impuesto reportaría unos 100 mil millones de dólares anuales a escala mundial. Para justificar su rechazo, la medida ha sido tildada de subjetiva por parte de las clases dominantes, pero el análisis de las finanzas realizado por ATTAC y otras sociedades demuestra la simpleza y pertinencia del gravamen.

¿Habrá que pensar igual en otras tasas globales?

Se implementarían tasas sobre: uno, inversión extranjera; dos, repatriación de ganancia; tres, emisión de dióxido de carbono... Estas permitirían dirigir el ingreso fiscal internacional hacia fondos —para el desarrollo— que no generan deudas externas. Se trata, insistimos, de una política redistributiva mundial en favor de los países de la periferia, como desagravio por los cinco siglos de pillaje a los que han sido sometidos por parte de metrópolis e imperios. El dominio de los actuales centros imperialistas sobre las naciones llegó a consolidarse a consecuencia

de la explotación del proletariado de sus países respectivos, pero también, y fundamentalmente, por efecto del saqueo de la periferia: ahí está el origen del capital. Podemos renunciar a los créditos del BM y del FMI y practicar políticas dibujadas por los gobiernos del Sur, conforme a los acuerdos Sur-Sur, y respetando acuerdos internacionales factibles sobre tasas globales, intervención activa en el comercio mundial y otras iniciativas.

¿Entonces otro mundo es posible?

Es verosímil la forja de un modelo alternativo coherente, signado por una política de cambios sociales en beneficio de los pobres, de redistribución de riquezas, que juzgue como prioritarios los temas agrícolas y de sustitución de importaciones. Pero son las fuerzas sociales las que, movilizándose, pueden darle un sustento real.

En los últimos años Latinoamérica mostró una gran capacidad de resistencia al neoliberalismo.

Las resistencias son más fuertes que hace 10 ó 15 años. Además de la lucha del pueblo de Cuba, de las jornadas vividas por Argentina desde diciembre de 2000, y del combate de Venezuela, un ejemplo magnífico es Bolivia y la aptitud de su ciudadanía para reiniciar un ciclo de lucha y recuperar el control sobre sus recursos naturales. Esa capacidad fue probada en abril de 2000 con la honrosa batalla de Cochabamba contra la privatización del agua, y, entre septiembre y octubre de 2003, con la sostenida por todo el país contra la venta de gas natural a EE.UU. A medio siglo de la nacionalización de las minas y del decreto del monopolio público sobre la exportación del estaño (1952), y luego de dos décadas de una ofensiva neoliberal que privatizó y puso en manos foráneas, en connivencia con la burguesía nacional, servicios públicos y recursos naturales, una vez más Bolivia nos señala el camino.

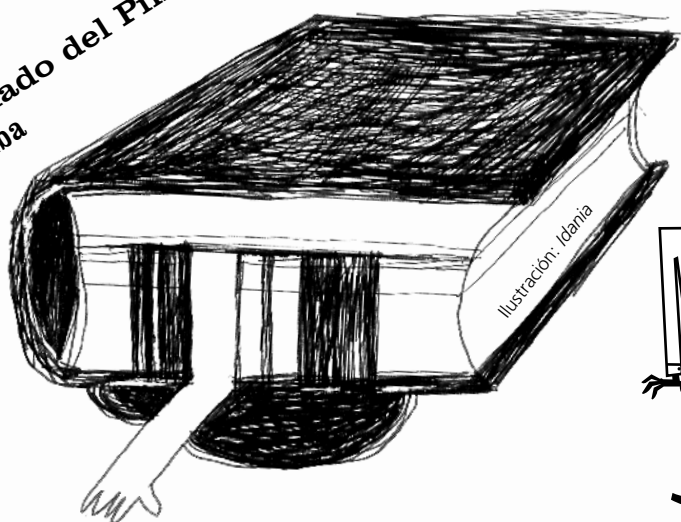
La presentación en La Habana de su libro La bolsa o la vida: las finanzas contra los pueblos, nos recordó un antiguo proverbio: «Quien lleva algo en el saco para ofrecer al ladrón, salvará su pellejo». El trato con los demandantes financieros, ¿aconseja admitir la sugerencia?

En verdad los acreedores internacionales no nos permiten elegir entre una y otra cosas, no nos dan opción entre la bolsa o la vida, sino que nos toman la bolsa y la vida, y es preciso rechazar esa amenaza. Pero detrás del título subyace otra esencia: el deber de escoger entre la vida y la bolsa, ese mercado en el que se efectúan operaciones mercantiles y financieras con valores mobiliarios, acciones, bonos... Aquí sí debemos votar una de dos, y optar por la vida, contra una bolsa de lógica mortal, contra una bolsa de cifras, contra una bolsa que sube cuando miles de trabajadores son despedidos y EE.UU. invade Iraq. Siendo esta una lógica mortífera, debemos preferir la vida y negarnos a la bolsa de valor. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n197_02/197_15.html

El arte del después

Amado del Pino
Cuba



Uno puede que ni repare en el crédito si anda un poco deprisa. Pero algunos se limitan a señalar alguna errata o delatar una fragante falta de ortografía. Pero el arte del editor de libros es mucho más complejo, delicado y hasta creador. A comprenderlo, aquilatarlo y amarlo, me ayuda mi vocación de dramaturgo. En una obra teatral el texto sangra o se desmorona si le falta alguna arista al conflicto y —sobre todo— si sobran parlamentos, personajes o situaciones.

Personalmente poseo escaso talento para la edición. Por los días de la revista *Tablas*, de los 80, me quedaba lo más quieto posible al lado de Rosa Ileana Boudet y Vivian Martínez Tabares (entonces y ahora excelentes editoras) a la caza del momento en que fuese necesario cambiar el título de un trabajo o escribir un manojito de líneas. La gracia para titular suele acompañarme y tengo fama de rápido frente a las teclas, pero la caza de gazapos, la reconstrucción calmada de un párrafo maltrecho choca con la torpeza de mis manos y la prisa que suele azotar a mi espíritu. Mis pocos libros publicados pasan primero, en una etapa intermedia y siempre por la mirada —implacable, para qué negarlo— de Tania Cordero. La búsqueda de la perfección se ha anotado un alto porcentaje de la despreciable cifra de nuestras desavenencias matrimoniales. Pero al final el texto gana con el debate.

Escribo esta crónica a punto de partir para casa de Vivian Lechuga, una formidable

editora. Vivian es nuestra amiga, pero así y todo la de hoy será una sesión ardua. Ella «no se deja pasar una», y el libro en cuestión está lleno de fechas, nombres y señales. Yo la estoy queriendo tanto como Padura —el exitoso narrador— que se hace acompañar de la lucidez de Vivian como si se tratase de un amuleto básico para el éxito con los lectores y la crítica.

Se sabe que el editor además de perfilar libros suele engendrar la semilla de muchos títulos. En esa cuerda me hace feliz la labor de Omar Valiño, capaz de llenar de títulos esenciales todo un librero, a partir de una oficina pequeña, presupuestos inseguros y cuatro o cinco personas empeñadas y eficaces. Alarcos —que así se llama el sello de Valiño y sus cómplices— está logrando que el teatro cubano tenga pleno respaldo de la letra de imprenta y que nuestra gente de la escena, los estudiantes y hasta los más adelantados espectadores cuenten con información y reflexión de diversas tradiciones y estéticas.

Por favor, cuando compre el próximo libro y lo lea con gusto, dedique un momento a pensar en el editor, ese noble, básico intermediario entre los pensamientos o las obsesiones del autor y su lectura que acaba de darle sentido a la ilusión de muchos. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/lacronica.html



Homenaje a



Bladimir
Zamora
Céspedes
Cuba

Definitivamente nunca estamos preparados para la muerte, aunque después ante la inexorable realidad busquemos siempre una manera de saltar por encima de ella con los fuegos más tenaces de la vida. Escribo a minutos de enterarme de la muerte de Lázaro Ros, figura clave entre cuantos nos han adelantado hasta hoy los cantos que durante siglos se les han ofrendado a los orishas. Esos dioses que cruzaron el mar junto con los negros traídos de África, para vivir en Cuba en condición de esclavos durante el colonialismo español. Esos dioses que ya hace mucho tiempo son cubanos y tutelan la espiritualidad de una abrumadora mayoría de nosotros.

Escuché primero su voz en la radio o la televisión. Le vi de lejos en algún escenario de La Habana, pero hasta que tuve el privilegio de tratarle, de escuchar su conversación, no tuve atesorada toda la grandeza de Lázaro Ros. Viejito enjuto, de ojos muy brillantes, tenía a un tiempo el afán de no soltar la sólida cuerda que lo ataba a sus antepasados y el compromiso de echar continuamente hacia el futuro el gran legado de ellos.

Nació en La Habana de 1925, en familia humilde como cabe suponer, y siendo niño comenzó a frecuentar las casas de su barrio donde se hacían ritos de santería, mucho antes de él mismo hacerse santo. Su sentido de pertenencia de la religión afrocubana y el talento sobresaliente como akpwón (cantante), unidos a una prodigiosa memoria, le permitieron durante largos años mantener en nuestro país y en numerosas partes del mundo, cientos de cantos profesados a Elegguá, Changó, Oshún, Obatalá, Yemayá, Orula...

Debemos para siempre agradecer a Lázaro, que tuviera la disposición de llevar sus músicas religiosas más allá del ámbito ritual de los iniciados, estando consciente de que, con independencia del tipo de creencia que se profese o de ser ateo, ellas son auténticas manifestaciones de nuestra identidad cultural. Por eso, hasta que su salud se lo permitió, se mantuvo grabando discos donde se atesoran esos cantos ancestrales. Y por la misma razón, mucho antes, sin prejuicio alguno, más bien con el impulso de los que son jóvenes hasta las últimas consecuencias, se vinculó entusiasta a grupos de rock y de fusión, como el Grupo Síntesis, para, desde esa sonoridad ligada a los de menor edad, elevar el homenaje a los orishas.

Es verdad que ya uno no lo podrá encontrar, hombre sencillo como era, en un mercado popular en busca de flores o cualquier otra cosa sencilla para la existencia. O no podrá uno reempezar alguna de esas conversaciones que las insalvables limitaciones del tiempo dejó trunca o que no lo podamos ver más a pie de escenario brindar su voz acerada por Oggún pero de lo que nadie puede tener dudas es de que Lázaro Ros tenía la certidumbre de que consagrarse a los cantos religiosos afrocubanos, era una manera inefable de no poderse morir, de estar siempre en la gracia y en el servicio de sus paisanos y de esos santos que con campechanía caribeña andan por todas partes haciéndonos gozosa protección. ▀



Ilustración: Darien

Vivir
en los
cantos

Lázaro Ros



Ilustración: Nelson Ponce

Me tienen que nombrar

Desde que tenía once o doce años, al fondo de mi casa vivía una familia que era religiosa yoruba y yo me puse a escuchar en la acera de la casa y me gustó mucho. Al principio, me puse en la acera, después estaba en el portal y luego estaba en la sala de la casa. Era algo que me llenaba, me motivaba. Cuando mi familia se enteró hubo tremendo escándalo. Esas son cosas de negro de solar.

No les hice caso y seguí hasta que un día me pusieron los bultos en la puerta de la calle. Me fui a otros lugares que tocaban, como Regla, Pogolotti, La Habana Vieja, muchos repartos. La música, poco a poco, se fue adueñando de todo mi cuerpo. Al fin, me inicié en el panteón yoruba como religioso. Ya tengo de santo 53 años, aunque no consulto ni hago santo ni nada; los tengo para adorarlos, para quererlos y que me den salud, a mí y a todos los míos y a todos aquellos que me aprecien y me estimen. Cuando empecé, comencé con Argeliero León en la sala Covarrubias, después escuché mucho a Obdulio Morales, que me enseñó infinidad de cosas. Cogí de aquí y de allá y después me hice santo.

Me hice Oggún, el Dios del Hierro, que se encuentra en todos los lugares. Esto se discute, y nunca se llegó a un acuerdo, porque Oggún, siendo el hierro, tiene que ser primero. En todos los edificios, en todos los centrales, siempre hay hierro. Entonces Oggún es el dios primero, que es el mío, porque cuando nosotros decidimos matar animales lo hacemos con el cuchillo, y ya está comiendo primero él, antes que Eleguá, que es convencionalmente al primero que hay que brindarle.

Nunca escribí nada. Todo lo tenía en mi grabadora personal (mi cabeza). Cuando se dio aquello del Conjunto Folclórico Nacional, ya ellos me estaban fiscalizando. Nos encontramos en una fiesta y me invitaron a pertenecer. Después de mi jubilación hice un disco con Síntesis, otro con Mezcla, dos discos para el Ballet Nacional de Cuba y también hice teatro.

A todas las fiestas que iba, aprendía algo. Repetía bastantes cantos para grabarlos en mi mente y después no los tocaba más, cuando pasaban 15 ó 20 días, un mes, el canto me venía solito completo, ya yo sabía que la grabadora, cuando yo se lo

pedía, sacaba el canto. Cuando empecé a grabar discos, lo que hice fue sacar, sacar y sacar...

Recogí cantos en todos los lugares. Todos eran buenos, porque no puedo separar los cantos del Brasil de los de Cuba, las melodías son muy parecidas; las letras, no. Hay una gran relación entre el lenguaje de Brasil y el de Cuba.

He cantado rumba, guaracha, sones, lo he hecho en el Conjunto Folclórico, pero no es mi fuerte. Todos esos cantos tienen un deje, una forma. Ese deje no lo tengo yo. Ni el abakuá ni el congo me gustan; el congo es una cosa muy españolizada ya. Tiene muchas cosas en español, aunque ellos siguen elaborando sus cosas yorubas.

Me dolía mucho en la vida ver cómo nuestros abuelos, nuestros ancestros, se iban muriendo con estas riquezas culturales, y yo me dije, si fuera capaz algún día de hacer un trabajo que se pudiera guardar. Esa fue mi primera idea para llegar. Después oí a Obdulio Morales, un gran músico, que cantaba santo todos los domingos en Radio Cadena Suaritos.

Cuando me fue a buscar la gente de Síntesis me acordé de mi pensamiento, los cantos que haga aquí van a quedar. La grabación de *Ancestros* fue un éxito. Ahora he hecho estos trece discos con Abdala, más otro con Paco Anguerica. En estos momentos me siento muy tranquilo porque cuando me muera me tienen que nombrar, porque muchas personas que se han muerto han pasado desapercibidas por la Tierra, no quiero que me suceda como a esa gente.

Creo que mi familia no quería que yo me metiera en eso de los cantos porque los negros hicieron mucho tabú entre ellos mismos. Los negros fueron los que se vendieron unos a otros en África y vinieron para acá como esclavos.

En mi casa no se veía la práctica de estas religiones como algo positivo. Mi mamá era cocinera, lavandera, criada, mi abuela también, y tenía dos tías que trabajaban en la fábrica de tomate La Ambrosía. Mis tías habían estudiado en la Universidad y allí, para que un negro fuera algo, costaba trabajo. Hubo negros que se hicieron doctores y abogados. Ellos tenían sus sociedades. Había sociedades de blancos y sociedades de negros y de mulatos. Primero canté más —por estudiar de niño en el colegio de Los Salecianos— los cantos de la religión católica

que los de los negros. Fueron casualidades de la vida. Pero creo mucho en esas piedras y en esos tabacos...

Los orishas me han ayudado mucho. Cuando yo trabajaba en una pollería, pelando y matando pollos, ellos me dijeron: «vas a viajar el mundo». El Itá decía que yo iba a viajar el mundo, pero yo calla'ó. He viajado por 55 países. Sí, también he ido a África. Estuve en Zambia, Mozambique, Ghana.

Gracias a la Revolución hoy tenemos un Cabildo, unas sociedades de personas negras religiosas. Cuándo el negro pudo tener antes una sociedad que pudiera responder a sus intereses. Sin que nadie los critique, que no sea como antes, que decían que los negros mataban el día tres de diciembre a niños, para ofrendárselos a Changó. Ya eso no sucede. El negro fue muy criticado. El negro fue muy apaleado. El negro fue muy sufrido. Gracias, Fidel Castro, gracias Revolución. Tengo lo que tenía que tener. Hay que mirar la vida de nuestro pasado desde nuestro presente.

Para mí, lo fundamental es vivir y alcanzar triunfos para sentirme tranquilo, dando un grano de arena, dentro de toda esta revuelta que hay en todos los continentes...

Están matando a las mujeres y a los niños como perros. No hay consideración, no hay respeto, no hay amor, no hay paz. Cómo podrá ser que se unan los hombres, para vivir con tranquilidad con el pedazo de pan que Dios te pone en tu camino para que te alimentes.

En este momento mi deseo más profundo es volver a África. Aunque llegue allí y no entienda ni cojones lo que dicen, pero volver. Ir a Nigeria, a su Parque Central, donde está la estatua de Changó y a Ifé, la ciudad santa. A alguien voy a encontrar que se va a ligar conmigo, seguro.

Nos estamos acabando nosotros. El año sigue siendo el mismo. Pero, de acuerdo con la convención, voy a dar el mismo saludo que les hago siempre a mis orishas: «Te saludo Dios Omnipotente, la bendición».

Fragmentos de la entrevista con Lázaro Ros para *La Jiribilla*, realizada por Bladimir Zamora Céspedes, en noviembre de 2003.

http://www.lajiribilla.cu/n134_11/134_32.html



El ojo que piensa

Rafael Acosta
de Arriba
Cuba



Fotografía: Corrales

El triunfo de la Revolución nos hermanó en la inolvidable experiencia de captar todos los momentos de aquella epopeya, y a mí me dio la oportunidad de seguir la huella de quien considero mi maestro: Raúl Corrales.

ALBERTO DÍAZ (KORDA)

Hoy no acudimos a una tradicional investidura del título de Doctor Honoris Causa de este alto centro docente. El Doctorado que se le confiere esta tarde a Corrales no proviene de la ilustración o de la rigurosa formación docente, sin embargo, es una jerarquía que viene dada por el magisterio de una obra y una práctica artística reconocida por todos, dentro y fuera del país.

Pero como el ritual académico obliga, pasará rápidamente un vistazo a la trayectoria vital del artista. Como todos sabemos, hace dos días, el sábado último, cumplió 80 años.

Corrales mismo ha calificado las difíciles circunstancias de su primera edad como «una niñez sin niñez». Y es que en esos años iniciales, en el hogar de los Corrales, formado por un matrimonio procedente de Galicia con dos hijos, a los cuales agregaron otros cuatro nacidos en el batey del central Stewart, de la antigua provincia de Camagüey, en ese hogar, la comida fue siempre mínima, y el trabajo por la supervivencia, duro.

Teniendo Corrales trece años, la familia se mudó hacia La Habana. Un buen día, con algunos ahorros, se compró una camarita Baby Browning y como afirmó Jaime Sarusky en un texto a un catálogo del artista «comenzó a hurtarle imágenes al mundo».

Pero había que ganarse la vida y el joven hizo de *bell-boy*, pinche de cocina, limpiabotas, vendedor de frutas y mozo de limpieza, de manera seguida.

Entre uno y otro empleos leyó con avidez revistas de fotografía norteamericanas y se acercó gradualmente al mundo de las imágenes.

Trabajaba como mozo de limpieza en la Cuba Sono Films, agencia del PSP con fachada comercial, que brindaba servicios de fotografía, audio y cine de 16 mm, entre otros, cuando un día la entidad no tuvo ningún fotógrafo disponible e hizo falta hacer unas fotos en una sastrería de La Habana Vieja. Hizo solo una imagen y al revelarla, imprimirla y entregarla, pasó a formar parte automáticamente del team de fotografía de la agencia.

Estas imágenes se convirtieron en las palomas mensajeras que llevaron la realidad de la Revolución cubana a los cuatro puntos cardinales del orbe.

A partir de ahí ejerció el verlo todo como si tuviese la cámara consigo y buscara los encuadres perfectos ante cada escena que le llamara la atención. Comenzaba así a entrenar algo esencial en la fotografía: la composición.

Buen titular de sus piezas (algo difícil a veces hasta para los propios escritores) creó una especie de relación entre rimas verbales y visuales. Juego de la imagen asociada al uso de la palabra.

Ya con veintitantos años trabajó como fotoreportero en las revistas semanales *Carteles* y *Bohemia* y más tarde como director de fotografía de la importante agencia de publicidad Siboney.

Con el triunfo del 1.º de enero de 1959 pasó a laborar en el diario *Revolución*, otra vez como reportero gráfico, pero con una tarea precisa: cubrir los desplazamientos de

Fidel en aquellos primeros y turbulentos años del triunfo revolucionario.

De manera que todos los hitos de aquella etapa fueron registrados por el lente de Corrales: actos de masas, escenas callejeras de movilización popular, la entrega de tierra a los campesinos, la firma de la Ley de Reforma Agraria, los viajes de Fidel, las milicias, los combates de Playa Girón y otros eventos más. Se fue gestando así una iconografía de la Revolución, eso que la crítica dio en llamar «la épica».

Corrales, Osvaldo Salas y Korda, de manera esencial, unidos a Salitas, Liborio, Ernesto Fernández y Mario García Joya, entre otros, constituyeron el núcleo de fotógrafos que lograron convertir la fotografía política en una genuina expresión artística.

Estas imágenes se convirtieron en las palomas mensajeras que llevaron la realidad de la Revolución cubana a los cuatro puntos cardinales del orbe. Vista de conjunto, fue una obra definitiva para divulgar lo que acontecía en Cuba y para abrirle vastos espacios a la fotografía cubana dentro y fuera del país.

Pero valdría apuntar que el estilo de Corrales contiene un matiz que lo diferencia de los demás: es la obra del que vivió, sintió y vio lo que la Revolución echaba abajo. Su obra es la del militante a la vez que la del artista.

Ocho décadas de vida atesoran anécdotas. Citaré una que me parece adecuada.

Cuando en 1959 Corrales y Korda acompañaron a Fidel a los EE.UU., recién triunfada la Revolución, aprovecharon un instante de descanso del turbulento viaje y de sus obligaciones como cronistas gráficos de la visita y tocaron en la casa de Richard Avedon quien, con la misma edad que ellos, ya se había instalado en la fama.

Korda, más atrevido para estas cosas de la comunicación entre las personas, le mostró

diversas fotografías, entre ellas algunas que había realizado con modelos femeninos para modas (cosa que Avedon también practicaba). El maestro norteamericano, luego de ver todo el material les espetó: «Fotografien la Revolución».

El consejo no era necesario para lo que ambos ya habían decidido hacer. Tanto Korda como Corrales sabían que en el cuerpo de la Revolución cubana era donde se expresaba la riqueza de imágenes que ellos debían registrar.

La obra de Corrales es vasta y está aún por conocerse en profundidad. Sin embargo, como en todo artista, hay hitos que representan momentos altos de su creación y que se estudian de manera emblemática. Utilizaré dos imágenes: *Atarraya* y *El sueño*.

En la primera, fotografía de gran impacto visual, la malla del pescador, como la de un antiguo gladiador, se abalanza sobre el fotógrafo, quiere atraparlo, pero es el hombre de mar, su herramienta y la noche, los que resultan atrapados por el artista. Sin duda, es una pieza de una gran fuerza plástica.

Con *El sueño* logra Corrales una imagen dotada de una composición artística como pocas en su obra. Es la menos reporteril de sus fotografías y en la que el sentido de la composición logra un elevado grado de inspiración.

El soldado rebelde descansa del febril ajeteo de aquellos días fundacionales, duerme. Sobre él hay colgado un cuadro con un torso desnudo de mujer. Ella mira hacia el lente. Las preguntas se imponen: ¿Estará soñando el soldado con una mujer? Sería absolutamente probable, no hace falta ser guerrero para hacerlo a diario. La guerra además —como se sabe— estimula la reflexión sobre esas carencias. Sobre todo esto se medita al apreciar la imagen de Corrales.

En ambos casos el silencio de la composición nos provoca las ideas, las sensaciones. El sueño del guerrero puede ser nuestro pensar despierto. Se comprende al hombre, se admira al fotógrafo, a sus ojos inquisidores.

Y es que por la composición la fotografía es un arte. En el caso de Corrales, de su estilo indeleble, el encuadre y la perspectiva han propiciado imágenes difícilmente repetibles. Cada imagen suscita el deseo de penetrarla y ver lo otro que allí aconteció, es el instante de la revelación, la tentación del «estar allí».

Para Corrales, sus referentes más caros en el devenir de la fotografía fueron Walker Evans y Margaret Bourke-White, dos fotoreporteros sociales, paradigmas del mismo género que abrazó posteriormente el cubano. Evans, con su famoso ensayo sobre La Habana de 1933 para graficar un libro de Carleton Beals, que constituyó una feroz crítica al gobierno tiránico de Gerardo Machado, y la Bourke-White con sus famosos reportajes de las infrahumanas condiciones de vida de los mineros negros en Sudáfrica y sus crónicas sobre Gandhi y las luchas de liberación de los hindúes.

Su conocimiento de Carthier-Bresson, Álvarez Bravo, Richard Avedon, René Burri y Burt Glinn, por citar a algunos maestros del género, no lo llevó a ponderarlos como sí lo hizo con Evans y la Bourke-White. Creo que es obvio que eran miradas muy coincidentes por la preocupación social y humanista que las distinguieron.

El ensayo fotográfico de los combates de Playa Girón, incluyendo sus prolegómenos, es sencillamente extraordinario.

Corrales estuvo en el epicentro de la batalla y su ojo logró imágenes de un verismo y una fuerza que ilustran el drama provocado por la invasión mercenaria.

Hay muchas afectadas por un velo que no es otra cosa que la erosión que produjo el agua de mar en los negativos, pues Corrales, con cámara y rollos, se fue de bruces hacia las aguas de Girón cuando el tanque en el que iba siguiendo al de Fidel se encabrió en los arrecifes de la costa. Yo diría que son fotografías legitimadas por la acción y marcadas por las aguas que fueron testigo de la aplastante derrota del imperalismo yanqui. Allí mismo el Comandante en Jefe le ordenó partir hacia La Habana para salvar las imágenes que testimoniarían la victoria popular.

Corrales desarrolló un amor genuino por la fotografía y la practicó como arte del fotoreportero y solo su amor a la Revolución y a su familia tienen paralelo con su pasión por el arte del lente. En esa mezcla y confluencia de las ideas, su oficio y los suyos ha transitado su fructífera existencia.

Quiero finalizar con una certidumbre, más bien una convicción, sobre la perdurabilidad de la obra de Corrales.

Fue André Betrán quien al referirse a la obra de Manuel Álvarez Bravo recordó que el mexicano «se había elevado a lo que Baudelaire llamó el estilo eterno». Es decir, ese rasgo de la creación que traslada al autor a un nivel de reconocimiento universal. Creo que la obra de Corrales merece una valoración similar. Quizás hoy sea muy temprano todavía para aquilatar su valía, pero en un acto como este merece la pena anticipar y arriesgar el juicio sobre el rico imaginario de Corrales. Por sus pupilas ha trasegado la historia viva y él la ha registrado para todos los

Corrales desarrolló un amor genuino por la fotografía y la practicó como arte del fotoreportero y solo su amor a la Revolución y a su familia tienen paralelo con su pasión por el arte del lente. En esa mezcla y confluencia de las ideas, su oficio y los suyos, ha transitado su fructífera existencia.

tiempos. Cuando pasen las décadas y las personas quieran conocer de los primeros momentos de la Revolución, sus causas, sus razones y su obra humanitaria y social a favor de los pobres y de las grandes mayorías, a contracorriente del imperialismo yanqui y en un contexto mundial de iniquidades, guerras, repartición de tierras y mercados, de desprecio absoluto por los más pobres, desposeídos e iletrados, en ese justo instante, las imágenes de Corrales serán un dramático llamado por la obra de un pueblo y un país que han abrazado la más justa de las causas. Será entonces cuando la pasión de la vida de este gran artista llegue a lo que Lezama Lima habría calificado como «la prueba irrecusable».

«El ojo que piensa» he titulado a este elogio. Lo merecen la obra y la ejecutoria artísticas de nuestro respetado avileño, cojimareño, cubano. Sus señales encendidas atravesarán el tiempo y quedarán como latidos vitales para comprender mejor nuestra circunstancia, para entender la epopeya de la Revolución cubana y todo ello a través de la única forma indiscutible de hacerlo, es decir, a través del arte.

Su capacidad de convertir lo fotografiado en símbolo, de evitar el facilismo y el panfleto, de encontrar la poesía en la más simple acción o gesto, lo convierten en eso que a menudo se usa indebidamente hasta el agotamiento, lo convierten, repito, en maestro.

Si mirar es una manera de poseer, Corrales ha hecho suyos un poblado, rostros, un

hecho histórico, una nación, una época, unas manos, una sonrisa, la muerte, la vida...

Quisiera citar estas palabras de Marucha (María Eugenia Haya) porque me parecen insuperables para aquilatar la obra de nuestro homenajeado.

Dijo así hace casi veinte años (en 1987): «Acercó su cámara al hombre, lo examinó de arriba abajo, se detuvo en sus polainas usadas o en sus pies descalzos, en sus pequeños objetos, en los parches de su ropa. Lo describió minuciosamente y encontró sus detalles más definitorios, como lo haría Martí en su lenguaje más puro: 'el pie sin media', 'el bello estribo', 'el jipijapa' o 'el rancho'. Como si en su enorme síntesis recuperara la imagen del hombre de nuestra tierra».

Este ojo reflexivo que Marucha compara con el otro ojo, el literario del Martí, acucioso y vertebrador de un corpus imaginario por el cual luchó y entregó su vida, es la pupila del que convierte lo aparentemente nimio en signo, en imagen poética. Valdría citar en este punto una reflexión de Octavio Paz sobre la fotografía: «Comunicación continua entre lo explícito y lo implícito, lo ya visto y lo no visto. El dominio propio de la fotografía, como arte, no es distinto al de la poesía: lo impalpable y lo imaginario. Pero revelado y, por decirlo así, filtrado, por lo visto».

Y es que la poética de Corrales logra reunir realismo, simpleza, capacidad de emoción y reflexión. Son imágenes que a la vez que se bastan a sí mismas por la tensión que encierran, reproducen otras realidades. En esa red de connotaciones visuales, es donde reside el estilo indeleble y magistral de Corrales.

En sus imágenes se logra una complicidad con el espectador y una tentativa de atraerlo a buscar lo que no se ve, no porque sea una carencia, sino porque no pertenece a lo visible. Ese es el misterio y la fascinación de la imagen.

Lo íntimo, lo lúdico, la ternura, la ironía, la denuncia social, la exaltación, todo ello aparece en su obra que en ocasiones posee una dramaturgia y un aliento auténticamente cinematográficos.

La bibliografía pasiva sobre Corrales y su obra ya es considerable y lo será más aún en

el futuro. De 1960 data el primer artículo sobre su trabajo y en la actualidad suman más de medio centenar de ensayos, reseñas y artículos en general sobre su arte. Sus fotografías integran importantes colecciones privadas e institucionales de decenas de países. Es una obra que maduró desde y hacia la fotografía como arte, como herramienta para registrar la realidad.

Si es absolutamente cierto que la fotografía contribuyó a que los hombres del siglo XIX en adelante vieran el mundo con ojos distintos, también lo es que la obra de Corrales arroja una luz muy particular sobre los eventos que testimonió con su lente. Los libros que de su obra comienzan a publicarse, tres por el momento, van mostrando paulatinamente las múltiples facetas de su trabajo. Sus hijos laboran con esmero en perpetuar su mirada.

Hombre comprometido con su tiempo y con el momento histórico que le tocó vivir, la Revolución fue para él como para miles de cubanos de extracción social humilde, su circunstancia, el hecho histórico que se debía abrazar y vivir con toda la intensidad posible. Lo hizo como revolucionario y militante, pero hizo más: la fijó y la inmortalizó con sus imágenes.

Para las generaciones sucesivas, los fotógrafos que se dan a conocer en los 80 y 90, Fors, Marta María, Mayito Alom, Peña, Cirenaica, Abascal, Garaicoa, Piña, Abigail, Pacheco y Larramendi, entre otros, Corrales es un maestro indiscutible, es el maestro.

A ese magisterio es al que nuestra Universidad de las Artes reconoce hoy con el legítimo título de Doctor Honoris Causa.

Un día le escuché decir a Corrales: «Yo soy un hombre de imágenes». Esquivaba con la frase explicar oralmente cierto asunto. Me recordó a otro grande de la fotografía del siglo XX cuando dijo: «Para mí la imagen lo es todo». La diferencia reside en que Corrales vivió la Historia.

La obra de Corrales se inserta con pleno derecho en la historia de la fotografía cubana y mundial.

Honor a quien honor merece.
Felicidades maestro. ▀

Elogio a Raúl Corrales para el Acto de Investidura de Doctor Honoris Causa del ISA.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/196_28.html

silvio rodíguez

al alba venid, buen amigo



Sergio Vitier
Cuba

En el año 1967, durante el Primer Festival de la Canción, me encontraba en Varadero como guitarrista de la Orquesta Cubana de Música Moderna, y allí, en el hotel Kawama, conocí al trovador Silvio Rodríguez. Teníamos 19 ó 20 años. No sé cómo, al rato estábamos en el jardín del hotel, tocando la guitarra, y allí escuché, por primera vez, sus canciones. Tampoco sé a qué se debió ese encuentro, quizás fue el desamparo que siempre acompaña a los poetas lo que nos identificó.

En ese ritual iniciático, descubrí al que después se convirtió en una de las leyendas vivas de la canción en lengua española. Hacer un estudio de las facetas musicales y literarias que configuran la obra de Silvio, supondría un extenso trabajo que excede este espacio. Solo quiero aclarar que en la mayoría de las obras del compositor, la música y la poesía tienen calidad propia, para escucharse con independencia o concertada en su normal comunión.

Nació en Cuba la Nueva Canción, iniciada por Pablo, Silvio y Noel. Una forma que suponía a la vez, continuidad y ruptura. Si algo debemos a Silvio es lo abarcador de su trabajo, la diversidad de temas que aborda: la épica, lo íntimo, la crítica social, la crónica y, por supuesto, el amor.

Su obra refleja una de las caras más hermosas de la Revolución, la cara rebelde, creadora y herética. Desde el contemplativo hasta el hombre de acción, el esteta o el romántico, se encuentran reflejados en este prisma sonoro.

Por eso te felicitamos, querido Silvio, recibe ese merecido Premio Nacional de la Música, porque la obra que has entregado es parte de lo mejor de todos y nos acompañará siempre en el desamparo. ▀

Este texto fue escrito a propósito de la entrega del Premio Nacional de la Música.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n198_02/198_20.html



Entretimiento
vs. Inteligencia?



Chavarría y el lado oscuro de El código Da Vinci

I
Nadie puede resistirse a la tentación de avanzar con prisa por las páginas de *Una pica en Flandes* (Letras Cubanas), la más reciente publicación del narrador uruguayo-cubano Daniel Chavarría. Los lectores lo saben. Por eso agotaron en apenas quince minutos los cientos de ejemplares disponibles durante la presentación de la novela, en la habanera Fortaleza de La Cabaña, en el programa de la XIV Feria Internacional del Libro Cuba 2005.

Chavarría despliega mundos y aventuras en la imaginación del lector. Casi 30 años atrás, cuando presentó credenciales como escritor, rompió con *Joy* el esquema rutinario de la novela de espionaje. Echó mano a los más diversos recursos de la «alta literatura», monólogo interior, simultaneidad espacial dentro de la unidad temporal, recreación del habla popular, inserción de reportes científicos. Pero los «buenos» eran demasiado buenos y los «malos» demasiado perversos.

Con *La sexta isla* dio el salto de la novela de espionaje a la política de aventuras, una noción mucho más abarcadora que contenía a la primera, pero la rebasaba en intención y prospección.

Pienso que allí encontró el tono y definió el perfil de su cometido literario. Demostró que era posible hacer cohabitar la erudición con la imaginación, las más audaces técnicas narrativas con el planteamiento orgánico de la trama, los más legítimos ardidés para atraer la atención del lector con la incitación a la reflexión, el rigor estético con la transparencia ética.

Muchos otros textos vinieron después, incluso, una breve novela que sorprendentemente llamó la atención

de la crítica norteamericana que le adjudicó a *Adiós muchachos* el codiciado Premio Edgar Allan Poe. Era un ceñido, pero singular relato disfrazado de divertimento, de literatura para ser leída de un tirón en el salón de espera de un aeropuerto o en la litera de un tren expreso. Parecía la obra de un autor rendido a los tópicos con que ciertos cubanólogos y periodistas suelen ver una parte de la realidad cubana de los años más duros de la crisis de los 90 —prostitución, rebusca, picaresca—, que muy bien pudiera llevar en su cubierta la advertencia de los filmes prohibidos para menores: sexo, violencia y lenguaje de adultos.

Pero al volver los ojos a la trama, de ella se desprendía una suerte de envés (¿o quizá el haz?) de esa realidad: el oportunismo, la felonía, la truculencia y la corrupción de gente supuestamente respetable, venidos de otros lares, a medrar en nuestro medio, junto a una justa mirada crítica sobre el tipo de marginalismo ético del cual es sujeto y objeto la protagonista.

Una pica en Flandes no solo amplifica los procedimientos y presupuestos literarios anteriormente citados, sino los lleva a un plano de intereses mucho más elevado. No voy a cometer el pecado de contar la novela —primera de lo que debe ser un ciclo—, pero sí subrayar cómo la intriga internacional que se teje a lo largo de sus páginas, responde a la lógica del desmontaje de los oportunismos, las felonías las truculencias y las corruptelas que se corresponden al orden neoliberal de carácter global.

Esa es una de las cuentas que se sacan de la lectura de *Una pica en Flandes*. Pero no son cuentas aritméticas. En la novela, el escritor diseña personajes que tienen sus propias opiniones, actitudes y actuaciones políticas a partir de trayectorias vitales que distan de ser fácilmente clasificables. El escritor no las

proclama, sino las hace consustanciales a la propia naturaleza de los personajes, quienes, al contrario de las convenciones novelísticas, son los que dictan e inclinan el curso de la trama.

Cada uno de los protagonistas tiene su historia muy particular y es hijo de su tiempo. El arqueólogo británico hereda la sangre y el espíritu de los jóvenes airados con mayor vehemencia si cabe en los dos tránsitos que marcan sus coordenadas: del nihilismo al compromiso social por una parte; y por otra, del *free love* homosexual al amor a toda prueba. El latinista italiano junta en sí mismo el furor erótico mediterráneo a lo Marcello Mastroianni (también con las miserias del *homo eroticus* trasquilado en *Divorcio a la italiana*) con la fuerza telúrica que viene de la historia de los partisanos (como si Salvatore Giuliano se situara en nuestra época). El más artificioso es el genio ajedrecístico español, excesivamente ficcionalizado en sus peripecias. Pero, cuidado,

que la verdadera heroína es su última pareja, una mujer que se desmarca del coqueteo neocapitalista y protoburgués de una izquierda que en Francia llaman certeramente la *gauche caviar*, y asume

coherentes compromisos.

Cada una de esas historias particulares es como un coto cerrado. Se multiplican las peripecias y los nudos fabulares. Se enredan una y mil veces los caminos. Chavarría hace gala de un pródigo alarde de invención narrativa, cuyo trasfondo no es la literatura, sino la vida misma. Al lector le parece estar ante un cuentero de marca mayor, de esos que con su palabra hipnotiza al círculo de amigos con historias sacadas debajo de la manga o con la dramatización eficaz de una anécdota.

De otra parte, sin embargo, el autor «literaturiza» su escritura, esta vez no mediante los procederes de la «alta literatura» ni de la vanguardia: los recursos que sostienen la intriga, nos remiten, con una deliciosa ambigüedad paródica, a los clisés de la obra de fábrica de los *best-seller*.

Con tales armas, Chavarría consigue captar y conciliar diversas exigencias que se resumen en dos características que Guillermo Rodríguez Rivera exigía a la novela de intriga actual: el «interés» y la «importancia». No aburrir al lector, despertar apencias, entretenerlo, divertirlo y, al mismo tiempo, sembrar inquietudes, generar reflexiones, estimular el pensamiento.

II

Algunos se preguntarán a estas alturas si no estoy vendiéndoles una verdad de Perogrullo con lo anteriormente dicho. ¿Acaso toda buena y gran novela, las de Tolstoi y Hemingway, las de García Márquez y Flaubert, no son interesantes y dicen cosas importantes?

No es fortuito que haya citado al encabezar esta nota el título de una novela que en los últimos meses ha sumado lectores o al menos, compradores de libros en los cuatro puntos cardinales: *El código Da Vinci*, de Dan Brown.

La industria editorial —cada vez más abocada a ser negocio, a rentabilizar económicamente el ocio— se ha encargado de cultivar una imagen de respetabilidad cultural a partir de productos literarios aparentemente ingeniosos, supuestamente intelectuales y tramposamente transgresores.

Pero por mucho que la subliteratura se cubra de tales barnices —al fin y al cabo, prefiero la desvergüenza de los libritos de Mickey Spillane y la desfachatez sentimental de las novelitas de Corín Tellado, que no ocultan sus pretensiones— termina siendo subliteratura, donde las argucias y los ganchos para atrapar al lector e intentar «respetabilizar» la lectura (el interés por el «interés») terminan por hacer que nada tenga «importancia».

A propósito del fenómeno Dan Brown, el crítico español Rafael Narbona señaló en *El Mundo* que «los libros que nacen con vocación de *best-seller* apenas logran ocultar su condición de productos manufacturados: *El código Da Vinci* no es una obra de creación, sino un artefacto concebido para transformarse en un fenómeno comercial. Reúne todos los elementos que garantizan el éxito fácil: una trama policíaca, con conexiones políticas y religiosas, unos personajes estereotipados, ciertas dosis de trascendencia filosófica, un erotismo libre de estridencias y una escritura plana. (...) Tal vez Brown haya pretendido emular con Umberto Eco, mezclando misterio, erudición y filosofía, pero solo ha conseguido elaborar un libro oportunista y pueril».

Más a fondo, y reveladora de los aires de parentesco de *El código...* con los manejos de la mercadotecnia editorial, resultó la crítica de Peter Millar en el diario londinense *The Times*: «Este libro es, sin duda, el más tonto, inexacto, poco informado, estereotipado, desarreglado y populachero ejemplo de *pulp fiction* que he leído. En *La herencia Scarlatti*, *El círculo Matarse* o *El engaño Prometheus*, Robert Ludlum entretejió una trama de complots extravagantes protagonizados por personajes de cartón piedra que entablan diálogos ridículos. Dan Brown, me temo, es su digno sucesor».

El ejercicio literario de nuestra época no puede darse el lujo de renunciar a la inteligencia y mucho menos a la honestidad de sus planteos. Lo otro, los Ludlum y los Brown, y, más que todo, sus avorazados editores y publicistas, es sencillamente obsceno. ■

Vicente Battista
Cuba

las leyes del mercado

Ilustración: Lauzan



En la antigua Roma, el libro era un artículo costoso. Según informa Roland Barthes en *Variaciones sobre la escritura*, para adquirir una copia de *La Eneida* se hacía preciso desembolsar veinticuatro denarios. Dos denarios bastaban para sufragar la comida de diez días de un legionario. Por consiguiente, en términos mercantiles, una copia de *La Eneida* suponía cuatro meses de alimentación de un soldado del imperio; personaje bien pagado y mejor nutrido. En la antigua Roma leer las peripecias de Eneas cantadas por Virgilio era privilegio de minorías.

En la Edad Media se mantenía esa tendencia: los copistas cobraban de diez a doce monedas de oro por cada página que componían. Continuaba siendo difícil acceder al libro. En el medioevo escaseaban los lectores. Esta circunstancia no parece haber frustrado a los poetas y a los narradores de aquellos años. Dante completó 14 233 endecasílabos de *La Divina Comedia*; Petrarca, sus *Sonetos a Laura*; el Infante Juan Manuel, los *Cuentos del conde Lucanor*; Chaucer, los *Cuentos de Canterbury*, y

Boccaccio, los *Cuentos del Decamerón*. La literatura, entonces, no estaba regida por las leyes del mercado. No había manera de confundir buenos libros con buenas ventas.

Hoy sí. Celebramos con igual fervor a Pablo Coelho y a José Saramago; en definitiva, ambos escriben novelas, ambos escriben en portugués y, lo que de verdad importa, ambos venden muy bien. Este último detalle hasta hace poco interesaba exclusivamente a los editores, a los distribuidores y a los libreros. Ahora también preocupa a un buen número de escritores.

Es natural que todo poeta o narrador pretenda publicar su obra. Pero a las casas editoras, empresas fundadas con ese noble propósito, no siempre les parece natural. En 1981, *La conjura de los necios* obtuvo el Premio Pulitzer. Su autor, John Kennedy Toole, no pudo festejarlo. Se había suicidado doce años antes, cansado de que todas las editoriales de Norteamérica le rechazaran la novela. Hace unos días, Brett De La Mare, un joven escritor australiano, optó por un recurso menos enérgico: aterrizó en un paracaídas movido a motor en medio de los jardines del Palacio Buckingham.

Su propósito era captar la atención de alguna editorial y conseguir de ese modo publicar su novela *Amanecer canino*.

En la Argentina no es aconsejable recurrir a la dramática decisión de John Kennedy Toole; tampoco a la extravagante opción de Brett De La Mare. Hay escasas posibilidades de obtener algún símil del Pulitzer y seguramente ninguna editorial se interesará por el joven e intrépido novelista y su paracaídas a motor.

Basta con poner los ojos en el mercado para que comiencen los lamentos: se habla de la fuga de lectores y de la indiferencia de los editores. Finalmente, todo se reduce a la magra cifra de ventas.

Cifra que también preocupa a ciertos críticos y/o estudiosos de nuestra literatura. Estos empecinados teóricos repudian las leyes del mercado. Sin embargo, despliegan un discurso plagado de términos íntimamente ligados a la economía antes que a la literatura. Hablan de «estrategia» y explican de qué manera los autores «irrumpan en la escena literaria para ocupar espacios». Dicen que esos autores son capaces de armar «la máquina dentro de la cual debe leerse su literatura», pero en ningún momento evalúan sus poemas, sus cuentos o sus novelas.

«El mercado es la censura de estos tiempos», postuló Gorge Steiner. Habría de celebrar, entonces, no sufrir el apremio de los editores, de los lectores y de los críticos. En lugar de perder el tiempo estableciendo estrategias, ocupando espacios o montando una máquina vendedora, podríamos trabajar en libertad. Escribir cuentos, aunque los cuentos poco les interesen a los editores, o prescindir de los amores de Rosas, de Sarmiento, de Quiémes y de San Martín, aunque las novelas histórico-románticas sean del agrado de los lectores.

En su discurso de recepción del Nobel, el novelista chino Gao Xingjian dijo: «Si el juicio estético del escritor debiera seguir las tendencias del mercado, ello equivaldría al suicidio de la literatura». Parafraseando una definitiva paradoja de Sastre: «Nunca hemos sido tan libres como durante la ocupación alemana», podríamos decir que nunca hemos sido más libres que ahora, que el mercado prescinde de nosotros. Se trata de prescindir gentilmente del mercado y hacer buen uso de esa libertad. ▀

La poesía es un DON

Viene de la página primera

Confío mucho en mi pueblo y en el destino de este planeta, después de que Cuba me ha dado la seguridad de que es posible la construcción de una sociedad humana solidaria.

Como escritor llegué a la convicción personal, que trato de compartir y repartir públicamente —lo que considero un deber de todo escritor latinoamericano— de que nuestro papel es trabajar mucho para lograr un idioma cada día más accesible, un lenguaje sencillo, sin jamás perder la categoría estética, sin el compromiso del arte con la belleza. Propongo un lenguaje sencillo, accesible a un lector común, al obrero, a un estudiante de segundo grado, a aquellos que no hicieron un curso de Letras en la Universidad, y no es tal la dificultad de lograrlo, porque lo sencillo y lo fácil es escribir difícil, pero lo difícil de verdad es escribir sencillo. Pero repito, sin perder el compromiso con la belleza. Ahí la poesía se hace cada día más concientizadora.

Tres utopías

Consagro mi vida y mi obra a tres utopías: la conservación de la floresta amazónica, la integración cultural de América Latina y la construcción de un mundo más humano y solidario. Sin la integración cultural de los pueblos de nuestra América y no de ese encuentro, que resulta siempre tan pobre entre los dirigentes y los gobernantes latinoamericanos, jamás habrá integración política ni económica, que tanto se necesita. Traté, como agregado cultural de la Embajada de Brasil en más de un país latinoamericano, de trabajar para lograr esa integración, y no para venir a otro país a decir que Brasil es más grande o mejor, o más lindo. No, Brasil tiene 50 millones de analfabetos, 140 millones de hambrientos. La FAO informó el año pasado que tenemos en este planeta más de mil millones de hambrientos y

América participa de ese número con una cuota bastante siniestra.

Pero para ayudar a esa integración, y a través del poder concientizador de la poesía y la importancia de la poesía en cada uno de nosotros, me dediqué a traducir a poetas latinoamericanos. No hay que confundir el orgullo con la soberbia. Tengo el sagrado orgullo de ser el traductor de Nicolás Guillén, cuando se publicó por primera vez en Brasil. Fui también, el traductor de *El reino de este mundo*, del querido Alejo; y de *Bajo los astros*, de Eliseo Diego; de la poesía completa del genial peruano César Vallejo. Sé que traducir poesía es una tarea inalcanzable, y por tanto fascinante, porque para empezar pierde la sonoridad. Porque como decía nuestro querido Mallarmé, que escribía para que nadie lo entendiera: La poesía es música. Y agrego: no solamente el poema, la literatura es música. Hay párrafos enteros de crónicas, de novelas, de cuentos y hasta de ensayos, cuyos autores realmente dominan la belleza y la música de su idioma, que son verdaderos cánticos.

Convivo con la poesía todos los días, camino por la floresta recitando en voz alta, y puedo decir con toda seguridad que la palabra, como decía Hoerderlin, el poeta alemán del siglo XIX, que el deber del poeta es tomar el fuego sagrado y convertirlo en cánticos para entregarlos al pueblo, que la palabra es el más inocente de los bienes, pero que se puede convertir de repente en el más peligroso. Nosotros no tenemos poder político, sin embargo, por qué las dictaduras, que conocimos tan de cerca, les tienen pánico a los poetas. Porque nuestros poemas tienen más poder que muchos fusiles y ametralladoras, porque tienen el poder de la concientización y el fusil solamente mata.

Está oscuro, pero yo canto

Escribí un libro que se llama *Está oscuro, pero yo canto*, libro que fue inmediatamente prohibido por la dictadura, hoy ya traducido para tantos idiomas. Una vez estaba en mi casa, en Río de Janeiro, cuando por la madrugada entró la policía con ametralladoras, y me cogieron preso, una de las tantas veces que he estado en la cárcel. Es el precio que tuve que pagar por la justicia. Esa celda era muy alta. Había un catre, ratones, cucarachas. Yo estaba bastante deprimido y empezó a entrar la luz de la mañana y vi que en el muro de la celda había muchos trazos, pero fue entrando más luz y me di cuenta de que había palabras. Con la claridad pude leer «estaba oscuro, pero yo

canto porque la mañana va a llegar». Algún compañero que allí estuvo antes de mí se valió de mis versos para ganar fuerzas y súbitamente esos versos dejaron de ser míos, para ser puramente poesía y darme fuerzas a mí también que estaba cagándome de miedo.

El Amazonas

La Amazonía cubre parcialmente ocho países de nuestra América y se acerca al Caribe. En todos los países en los que hablo, en congresos, recitales, termino siempre pidiendo a cada persona presente que haga su parte por la preservación de la floresta amazónica, porque es un bien de la humanidad, pero también un patrimonio de nuestra América, de Venezuela, Ecuador, Colombia, Bolivia, pero sobre todo un patrimonio del Brasil, porque casi la mitad del territorio está cubierto por el verde amazónico. No es un bien de la humanidad por los treinta y tantos trillones de metros cúbicos de madera y tierra. Tampoco su riqueza. Solamente en pescado hay más de 3 000 especies. No es por la riqueza de sus minerales. El imperio norteamericano no duerme tranquilo hasta que logre dominar nuestra selva, pues conoce más su verdadera riqueza que nosotros mismos.

Su riqueza está en la biodiversidad de nuestra selva, los principios químicos activos de nuestros vegetales. Esa es la gran codicia, la peligrosa amenaza que hay sobre su vida, hasta el punto de que hoy en día, de la manera más natural, con gran cinismo, como demostración de poder, el imperio norteamericano pide la patente de principios químicos de medicinas que nuestros indígenas usaban desde antes de la llegada de los portugueses.

Voy a contar un instante feliz en Cuba en el centenario del poeta nicaragüense Rubén Darío, en el año 67, cuando un grupo de cuatro poetas: Roque Dalton, César Calvo, Enrique Linn y yo —soy el único sobreviviente— compusimos una canción y formamos un grupo que llamamos Los Babosos, y en la noche

de clausura del congreso, con la melodía del tango «Volver», después de que Bola de Nieve, de que mi querido Bola, que cocinaba para mí, presentó al famoso conjunto latinoamericano Los Babosos, y entramos con la dignidad que no sabíamos que teníamos. Entonces Roque Dalton nos presentó de la siguiente manera: «Aunque muy fatigados de nuestro *tour* por los palcos de Londres, La Habana y de Tegucigalpa, vamos a presentar un número compuesto hoy por la mañana». Y cantamos: «Rubén, con la lira marchita llegas a la cita cien años después. Rubén, que cien años es mucho, ya no queda ni un pucho del famoso Parnaso que hiciste en la cama hueveando muchacho. Rubén, ya nos diste la lata, no metas la pata cien años después». El Comandante Fidel Castro estaba presente y a mí se me ocurrió decir que como director del grupo iba a revelar nuestra debilidad. Como éramos poetas no teníamos poder político, y cada uno a su manera trataba de hacer su parte en la Revolución. Invitamos a ser parte del grupo a Haydée Santamaría y a la negra linda Nancy Morejón para hacer de figurante. Con Haydée Santamaría tendríamos el respaldo político. Se hizo un gran silencio y no hubo un solo aplauso. Pero de repente mi querida Haydée se paró y empezó a aplaudir y entonces toda la gente aplaudió.

Fortalecido por ese aplauso, hice el gesto de agradecimiento a mis hermanos y dije que, por la gentileza del público, íbamos a hacer un segundo número. Y cantamos: «Adiós muchachos, compañeros de congreso, mañana mismo cortamos caña. Pobres muchachos no sabemos comportarnos, mi cuerpo enfermo no resiste más. Diez días de congreso nos han desconflutado, diez días de congreso fastidian hasta un buey. Por eso les decimos que nos perdonen y si nos tiran algo, que sea una mujer». ▀

Encuentro con Thiago de Mello en la Feria Internacional del Libro de La Habana, 3-13 febrero de 2005.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/196_100.html

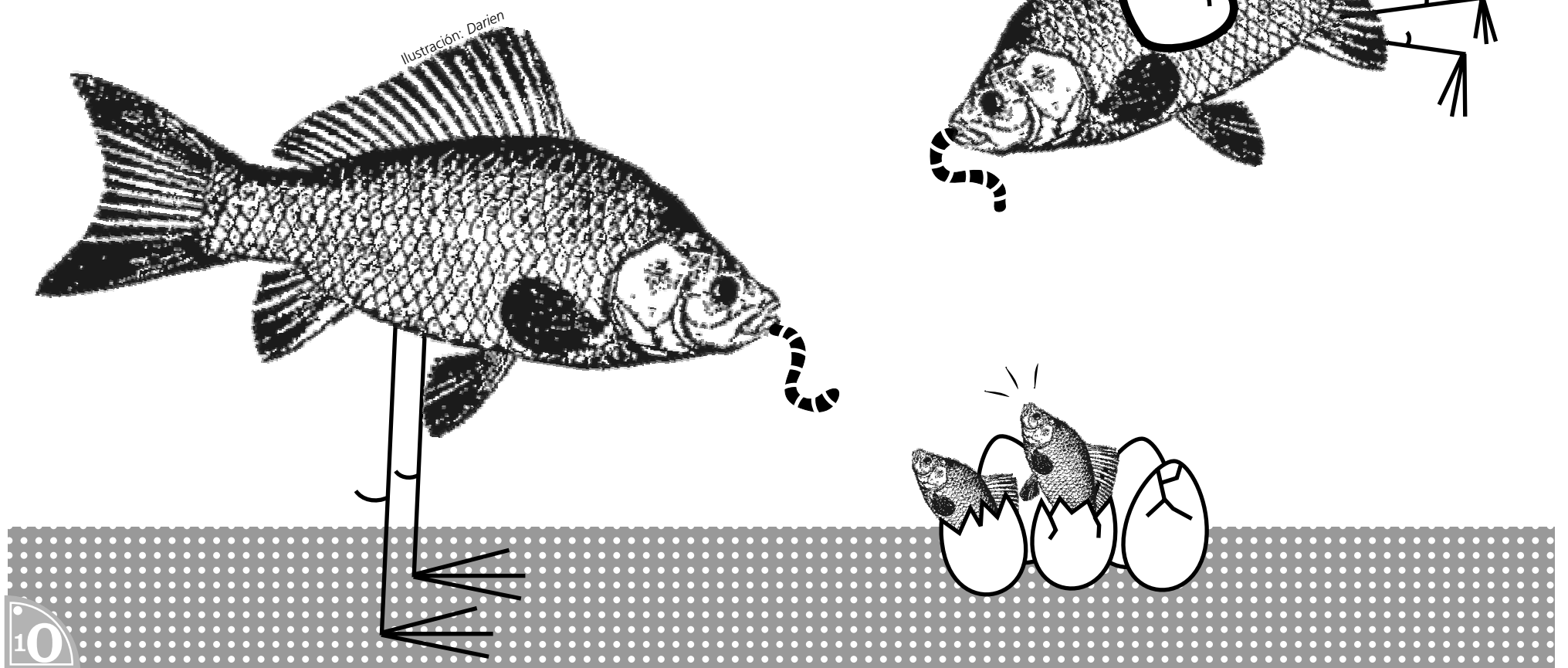
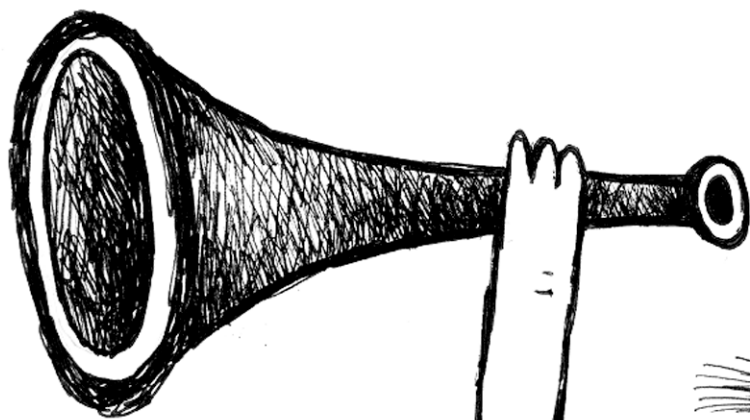




Foto: Alejandro Ramírez

Entrevista con Ernesto Cardenal



Nirma Acosta
Cuba

Hay que ser socialista

Ernesto Cardenal, el poeta y amigo nicaragüense, nos trajo de vuelta el recuerdo de aquellos días en que, con su habitual cotona y la boina negra, le escuchamos leer sus poemas más entrañables en la sala Che Guevara de la Casa de las Américas. Nació en 1925 en la ciudad de Granada. Ha sido incluido en la corriente poética conocida como exteriorismo y ha compartido su vocación por las letras con la escultura y la pintura. Su resistencia contra la dictadura de Somoza fue un símbolo para Latinoamérica. Se incluyen en su obra poética los títulos, «Epigrama», «Oración por Marilyn Monroe y otros poemas», «El estrecho dudoso», «Homenaje a los indios americanos», «Salmos», «Los ovnis de oro», «Telescopio en la noche oscura», «La vida perdida» y «Canto Cósmico», presentado el año pasado en La Habana.

No hay espacio para la duda: «Soy revolucionario», nos repite, «con la misma fe, convicción y la misma esperanza». El poeta ha recibido la Orden José Martí de la República de Cuba y en los días de 2003, cuando la campaña mediática contra la Isla servía de pretexto a una posible invasión, no se dejó silenciar y firmó junto a otros intelectuales el mensaje A la conciencia del mundo. Justo así empezó esta conversación —en uno de esos días de Feria del Libro, en La Cabaña—, recordando aquellos momentos en que apostar por Cuba era también la manera de decir: *Yo he repartido papeletas clandestinas/ gritado ¡Viva la libertad! en plena calle, desafiando a los guardias armados.*

¿Cómo se conjuga la literatura y la política en su vida?

No me considero un político, sino un revolucionario, y soy revolucionario porque soy un poeta. Siempre he creído que estamos hechos de los mismos elementos que las estrellas. Nuestro cuerpo está hecho de átomos, igual que el corazón de las estrellas. Venimos de ellas y nosotros somos las mismas estrellas con conciencia y amor en el universo.

La poesía me llevó a una conversión con Dios, a un monasterio y también a la Revolución. Tuve una conversión primera: la del encuentro con Dios. Después lo que he llamado una segunda conversión: cuando estuve en Cuba, en 1970, durante mi primera visita a la Isla, a la Revolución y al pueblo.

¿Entonces, el encuentro con la Revolución cubana fue de alguna manera lo que definió el camino de Ernesto Cardenal?

Sí. Aquí me di cuenta de que el camino era este: el de Cuba. Desde entonces he militado con la Revolución.

Después de la caída del campo socialista, algunos han tenido miedo de decir lo que usted defiende con tanta fuerza: «ser revolucionario». ¿Qué les diría a quienes se han salido o han preferido andar por un atajo hacia la derecha?

Sigo siendo revolucionario igual que antes, con la misma fe, convicción y la misma esperanza. Nunca he tenido una vacilación al respecto. Solo existen dos sistemas económicos posibles: la apropiación privada de las riquezas de la tierra y la puesta en común de esas riquezas. No hay un camino intermedio entre el capitalismo y el socialismo. No existe una tercera vía. Hay que ser socialista.

¿Cómo ve el futuro?

Como un futuro socialista.

¿Cuánto le ha ayudado la poesía en los momentos más difíciles? ¿Cómo ha recibido este homenaje de los cubanos por su 80 cumpleaños?

No solo la poesía. La poesía me ha ayudado, pero yo diría que lo que más me ha ayudado es mi amor a la humanidad, al pueblo, mi amor a la Revolución. Ningún homenaje por mis 80 años ha sido más importante que este que se me hace en Cuba. Justamente por tratarse de Cuba, que es el único país socialista que queda, y el único que se mantiene rebelde ante el imperialismo. Qué sería de nosotros en América Latina sin Cuba. Entonces, mi primer y más grande reconocimiento se lo dedico siempre a este país. ■

http://www.lajiribilla.cu/2005/n197_02/197_38.html

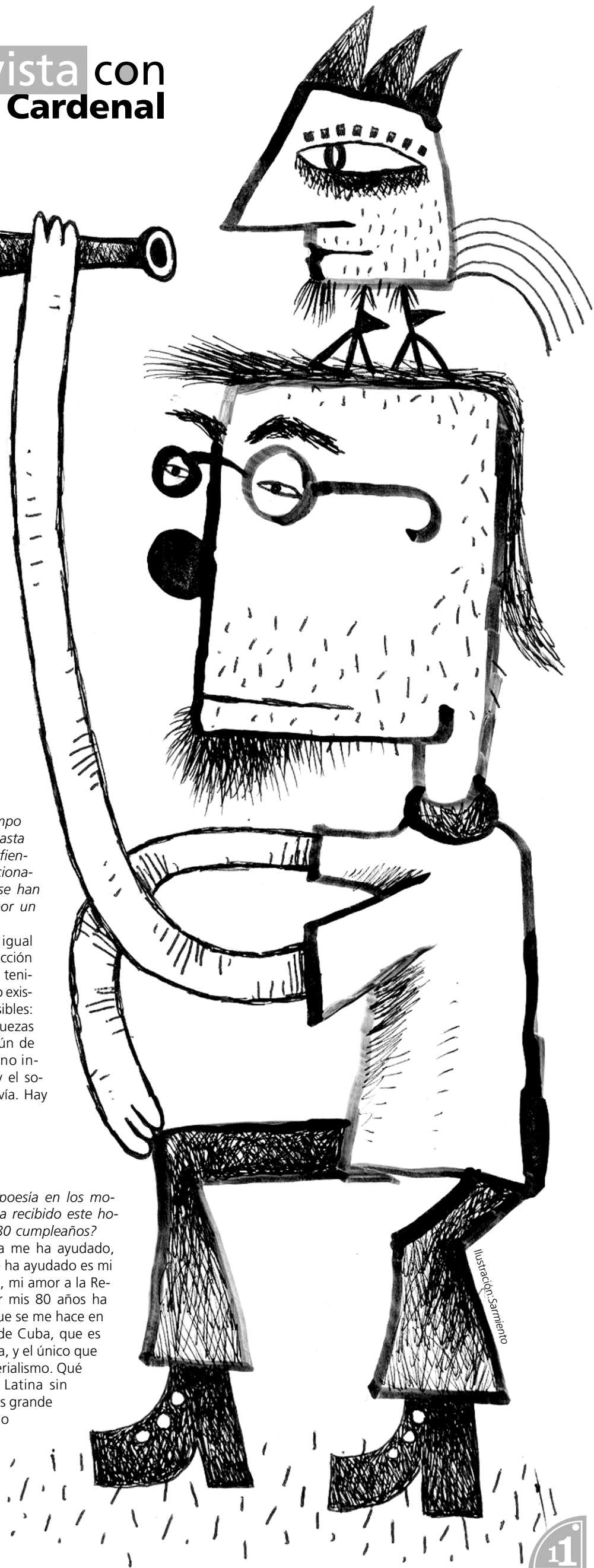


Ilustración: Samuël

conquistar imposibles



Lisandro Otero
Cuba

riesgo: el español ha corrido el peligro de la fragmentación, la posibilidad del nacimiento de lenguas vernáculas que fueran separándose, cada vez más, de la lengua madre. Esos nuevos grupos idiomáticos, independientes del español, constituirían los idiomas americanos. Superado ese escollo, la lengua de Castilla es ahora un idioma único e indivisible que ya evadió la posibilidad de una escisión.

La mejor garantía de la vigencia del español como idioma unitario es una rica literatura hispanoamericana que va desde Jorge Manrique hasta Alejo Carpentier. Disponemos del sólido legado de los clásicos y del acatamiento de las nuevas jornadas a las autoridades fundadoras. La actividad de la Real Academia Española y la difusión en nuestro continente de un cuerpo de instituciones filiales, han sido factores favorables para esta inmovible unidad del presente. Desde que México tuvo la iniciativa de proponer la creación de la Asociación de Academias de la Lengua en 1952, se ha producido un incremento de la comunicación entre las academias americanas y una circulación mayor de neologismos que tienden a estimular la comprensión de la necesidad de nuevos vocablos y enriquecer el idioma. Constituimos una sola cultura, con una identidad única y nada podrá debilitar esa estrecha fusión.

En Cuba se ha producido desde la segunda mitad del siglo pasado un poderoso movimiento de ascenso educativo que constituye una garantía del buen uso del idioma.

En Cuba se ha producido desde la segunda mitad del siglo pasado un poderoso movimiento de ascenso educativo que constituye una garantía del buen uso del idioma. Desde la erradicación del analfabetismo, la campaña por alcanzar intensivamente los primeros grados, la universalización de la enseñanza superior, la creación de una poderosa industria editorial hasta la aparición masiva de ese ingrediente esencial en toda cultura: el advenimiento del lector.

Se inauguraron las ediciones de largos tirajes a bajo precio con una nutrida edición del Quijote, cuyos primeros 400 años de vida acabamos de conmemorar. Don Quijote, un delirante enajenado que no logra situarse dentro del contexto social en el que reside, desafía su entorno y es derrotado. Pretende alcanzar un ámbito inexistente y se frustra en su empeño. Es un idealista abrumado por su nobleza de espíritu. El designio mayor de don Alonso Quijano es perpetuar la resistencia al desastre, la búsqueda de la utopía incesante, el acicate hacia la escalada que animan las vanguardias.

Contrasta la realidad existente con el mundo ideal que su héroe imagina. De una parte está un Edén impoluto donde al virtuoso se le reconocen sus virtudes y los ruines pagan sus vilezas. De la otra, se encuentra lo tangible y corpóreo. Un orbe imaginado y otro sufrido, un empíreo excelso y un contexto falaz. El espíritu del hidalgo de la Mancha, en su perpetuo desafío de las adversidades, ha presidido el movimiento de intenso cambio social que nos ha conmovido en las últimas décadas. Deshacer agravios es una tarea de dementes o de iluminados y esa ardiente locura suele atrapar a muchos en la tarea de conquistar imposibles. La búsqueda de un orden más justo para los humanos, nos incita todavía. Las aflicciones suelen vencerse si el impulso no decae. Esa es la lección del Quijote: las utopías nunca son vencidas porque, aun en la adversidad, dejan diseminada la siembra de futuras victorias. ■

http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/lacronica.html

Tenemos la satisfacción de inaugurar esta Casa de la Cultura, con el nombre de Dulce María Loynaz, que albergará, a partir de hoy, la sede de la Academia Cubana de la Lengua. Fue en un día del ya lejano año de 1926, un 19 de mayo, cuando un grupo de intelectuales cubanos decidió crear esta institución, con licencia de la Real Academia Española. Pero no era esa la primera vez que en Cuba se intentaba constituir un centro de ordenamiento del idioma. En 1743 se procuró fundar, dentro de la Universidad de San Jerónimo de La Habana, creada apenas quince años antes, una sección adjunta a la cátedra de Filosofía que tenía como fin «evitar desviaciones, confusiones y desatinos en el uso de la Lengua en esta insula, acción que cuidara las indicaciones de la Real Academia Española».

El primer director, Enrique José Varona, fue uno de los arquitectos de la identidad nacional, actuando con pulcritud y audacia en los años iniciales del difícil tránsito republicano. Supo avizorar las crecientes amenazas de la voracidad imperial y se opuso al absolutismo homicida cuando fue necesario hacerlo. En él advirtió Martí «la limpieza del carácter y la hermosura del talento». Nuestra Academia tuvo otro sostén bienhechor en la figura de la poetisa Dulce María Loynaz, que acogió en esta, su casa, de nosotros ahora, durante muchos años, las sesiones de nuestra institución. Los más antiguos académicos recordamos su acogida cordial, su conducción enérgica, sus artes de delicada anfitriona. A ella debemos hoy poder disponer de tan suntuoso resguardo.

Desde que Antonio de Nebrija tuvo la feliz iniciativa de crear reglas para la entonces

incipiente lengua de Castilla, y dotarnos de la primera gramática, el español ha sido una de las columnas principales de nuestra identidad. La lengua de Castilla ha sido un factor de enlace en una galaxia de naciones, y se mantiene viva gracias a su vigorosa incorporación de neologismos, y a la manera en que absorbe modalidades coloquiales, asume audacias literarias y sintetiza la variedad de sus raíces. De ahí surge su riqueza propia. La Academia no es una dictadora inflexible, es un organismo ágil y perceptivo que está atento a las vibraciones de la lengua para incorporarlas a ese cuerpo de ordenamiento que es el diccionario.

El español ha conocido un crecimiento acelerado en nuestro siglo. En los albores de la centuria pasada lo utilizaban 80 millones de personas; hoy, pasan de 400. Ese crecimiento desmesurado ha constituido el principal

Hace falta una carga para matar bribones
RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Los bribones son incorregibles. Simuladores a tiempo completo hacen y deshacen la trama de su historicilla una y otra vez, y terminan, nadie sabe cómo, por entrar en el escenario y decir su argumento a tiempo. Se esmeran en no desentonar. Son farsantes y hacen de su farsa una segunda piel más allá de la apariencia real. Se divierten los bribones en elaborar secretas argucias para convencer a los otros de que no son quienes son, sino quienes ahora aparentan ser. Suelen tener éxito y hasta conmovernos con sus buenos sentimientos y sus énfasis trillados en el compromiso y los ideales siempre enaltecedores y enaltecidos de servidores de la patria.

Los bribones no leen, hablan de lo que otros hablan y seducen al Rey, no por su nobleza, sino por sus flaquezas. La vanidad, por ejemplo, es la rendija predilecta por la cual penetran los bribones hasta en la convicción de los más avezados líderes. Hay líderes bribones, pero casi siempre el bribón prefiere mantenerse en la sombra, obra en el resquicio, acopia, en secreto, secretos que le permiten mantener su estafa cotidiana, revestida de elegancia y los tópicos más exaltados de las preferencias retóricas de los círculos prestigiosos del poder. Maestros de la astucia por ser maestros de la impostura, los bribones difieren del pícaro en que ellos hacen lo que hacen no por hambre ni por necesidad, sino justamente por no enfrentar el vacío que hace grandes a los héroes.

Los bribones siempre hablan en un entramado de frases hechas y supuestos infalibles para cautivar, no solo al Rey con un traje invisible, como en el cuento de Hans Christian Andersen, sino al mundo que los rodea. Seducen a tirios y troyanos haciendo de cada una de sus palabras gazapos irreductibles. Democracia, libertad y hasta antiimperialismo. Porque hay bribones en todos lados.

Un día Hamlet se vio entre los bribones y no hubo fantasma ni melancolía que retrasaran el drama del desenmascaramiento. Pues es ardid de todos los bribones negociar con la mentira y hacer de las falsedades oportunas convicciones. Dicen ser amigos de sus amigos, juran por lo más sagrado y garantizan que nunca olvidan un favor. Pero, al final, y lo saben todos los vivos que escriben sobre vivos, solo usan a sus semejantes, es decir, a los otros, sean ellos bribones o no. Mientras les sean útiles los agasajan, les acomodan el cuello de la camisa, atienden sus necesidades y hasta sus debilidades con tal de obtener nuevamente acomodo en los protagonismos. Pulen su nombre como la hebilla de sus cinturones y la patente de sus zapatos de buen vestir, pues nadie más que un bribón sabe que la primera impresión es definitiva. Al final, ellos no tienen muchos otros chances para que digan qué simpático, qué buena persona. Sus relaciones no se establecen en la confianza, sino en yo te convengo porque tú me convienes. Realmente los bribones no hacen nada, no creen en nada.

No hay mejor tierra para los bribones que los ideales, prestos a realizarlos acuden estos personajes camaleónicos y pueden deshacer el contenido hasta de las voluntades más decididas. Así que probablemente la única trampa eficiente para los bribones es poner en evidencia su juego. Pero, según me temo, desde Bush hasta el maestro de obras de la reciente y deficiente restauración de mi casa, no le temen a ese momento. Por un largo y arduo camino quedó demostrado que no había armas en Iraq, Bush, como buen bribón, fue el primero en admitirlo.

Muy pronto los bribones reconducen sus argumentos y, de trampa en trampa, persisten entre nosotros y seguramente hasta en el propio Paraíso. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n198_02/198_15.html



Stefania Mosca
EE.UU.

Los bribones son incorregibles. Simuladores a tiempo completo hacen y deshacen la trama de su historicilla una y otra vez, y terminan, nadie sabe cómo, por entrar en el escenario y decir su argumento a tiempo. Se esmeran en no desentonar. Son farsantes y hacen de su farsa una segunda piel más allá de la apariencia real.

Ilustración: Aldo



BOLSILLO ROTO

· Sin precedente ·
el déficit comercial

Martin Crutsinger
Associated Press

El déficit comercial estadounidense subió al nivel récord de \$617 700 millones en el 2004, al aumentar el apetito de los consumidores estadounidenses por los productos extranjeros, desde el crudo hasta los automóviles. EE.UU. acumuló incluso un déficit en productos agropecuarios debido a las importaciones de vino, queso y otros alimentos.

El Departamento de Comercio informó que el déficit del 2004 subió un 24,4% frente al récord anterior, un desequilibrio de \$496 500 millones en el 2003. El déficit comercial con China alcanzó un récord de \$162 000 millones, un aumento del 30,5% el año pasado y fue el mayor desequilibrio registrado en un solo país.

El empeoramiento de la balanza comercial norteamericana seguramente desatará nuevas críticas contra la política económica del presidente George W. Bush. Los demócratas sostienen que el gobierno no ha hecho lo suficiente para reprimir las prácticas comerciales extranjeras injustas. Entre ellas figura la política monetaria de China, que según los empresarios estadounidenses mantiene devaluado artificialmente el yuan en un 40%, dando a las empresas chinas una gran ventaja competitiva frente a las firmas estadounidenses.

El déficit comercial de diciembre bajó un 4,9% a \$56 400 millones, frente a \$59 300 millones en noviembre y \$60 300 millones en octubre.

La Casa Blanca sostuvo que el déficit estadounidense refleja el hecho de que EE.UU. crece a un ritmo mayor que el resto del mundo, lo que dispara la demanda de productos importados. Sin embargo, los economistas privados temen que el déficit haya llegado a tal nivel que los inversionistas extranjeros decidan no colocar tanto capital en bienes cotizados en dólares.

Los demócratas señalaron que las cifras evidencian que la política del presidente Bush de buscar tratados comerciales no está funcionando. El senador Byron Dorgan, demócrata por Dakota del Norte, afirmó que el informe fue «una noticia devastadora para la economía estadounidense». La líder demócrata de la Cámara, Nancy Pelosi, de California, dijo que los déficit están minando la base manufacturera del país.

John Sweeney, presidente del AFL-CIO, agregó que «EE.UU. está perdiendo buenos empleos por causa de malos tratados comerciales».

Por su parte, el secretario del Tesoro, John Snow, dijo ayer al Congreso que él creía que los esfuerzos de la administración por llevar a China hacia una flexibilización de su moneda estaban produciendo resultados. Los mayores socios comerciales de EE.UU., señaló, tienen que crecer más rápido mientras que EE.UU. debe trabajar para aumentar los ahorros nacionales para compensar la excesiva demanda que hoy es satisfecha por bienes extranjeros.

En el 2004, las exportaciones de EE.UU. de bienes y servicios subieron de un 12,3% a \$1,15 billones. Pero las importaciones aumentaron de un 16,3% hasta \$1,76 billones. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n197_02/elgranzoo.html

¿Dónde se sitúan los intelectuales?

Eva Forest
País Vasco

Están ocurriendo cosas gravísimas en el mundo. En Afganistán, en Iraq, en el continente africano, en América Latina, a nuestro alrededor. Cientos de emigrantes mueren todos los días cerca de aquí en su intento de escapar al hambre y llegar a Europa.



Ilustraciones: David

No entraré a considerar lo que se entiende por intelectual ni en valorar su trabajo científico o artístico con relación a sus repercusiones políticas. Me limitaré solo a señalar un punto que sí considero clave cuando de intelectuales se trata y que viene precisamente muy a cuento a la hora de hablar del compromiso: Es la importancia de que los intelectuales y los artistas tengan conciencia de su situación social en el mundo que habitan y de la responsabilidad que ello conlleva. Esto, que dicho así parece elemental y hasta una perogrullada tratándose de personas cuyo oficio consiste en gran parte en pensar, en imaginar, en crear y recrear el mundo, no parece estar muy claro para la mayoría a la hora de llevarlo a la práctica.

Están ocurriendo cosas gravísimas en el mundo. En Afganistán, en Iraq, en el continente africano, en América Latina, a nuestro alrededor. Cientos de emigrantes mueren todos los días cerca de aquí en su intento de escapar al hambre y llegar a Europa; vemos a diario las imágenes en la pantallita: sus cadáveres amontonados como basura, las miradas acusadoras de los que sobreviven, los niños indefensos de regreso a sus países donde morirán de enfermedades curables y de abandono. Vemos los prisioneros de Guantánamo enjaulados como alimañas, mientras comentamos el horror comiendo patatas fritas con amigos que también se lamentan mirando la TV. Sabemos que en Moscú, para desalojar un teatro, se acaba de gasear a sus ocupantes porque se sospecha que entre ellos hay «terroristas» y eso justifica matarlos como sea. Sabemos que la

tortura va en aumento: se tortura en los campos de concentración de Iraq, en los cuarteles de la Guardia Civil en Madrid, en Euskal Herria. Sabemos que cientos de presos malviven en una crónica agonía en las cárceles de la dispersión de España. Palestina es un infierno de atrocidades que nos llena de vergüenza. Estamos rodeados de agresión y barbarie, de acontecimientos provocados por la codicia de quienes acaparan sin escrúpulos las riquezas. El imperialismo crece cada vez más y ya parece dominar el mundo, y desde su prepotencia se permite con descaro llevar a cabo genocidios sin tan siquiera ocultarlos. Ayer fue Afganistán, ahora es Iraq, puede que luego le siga Cuba.

Está ocurriendo todo esto bajo nuestra mirada de espanto, nuestra incomprendible pasividad. Nos obligan a ser testigos de crímenes atroces. Testigos que miran y callan o que protestan poco: testigos que con su silencio y su pasividad se convierten en cómplices. Una complicidad que quienes vivimos en Occidente, en estas terribles democracias representativas de los países que llaman desarrollados, arrastramos como un pesado lastre a sabiendas de que es una insidiosa y crónica enfermedad que nos afecta en gran manera. Tratamos de resistirnos, de escapar, de hacer frente a la terrible amenaza. Buscamos compañeros solidarios, hermanos que sientan lo mismo, que necesiten también armarse para resistir, que nos den calor; formar grupo, hacer una piña. Palpar que no estamos solos, que hay otros muchos que resisten; buscamos voces que denuncien, que den ánimo, gritos de rebeldía, de insumisión, de insurgencia; movilizar la humanidad sensible antes de que la exterminen; que nuestro pequeño y débil grito se prolongue,

encuentre múltiples ecos, se propague a lo largo y ancho de la Tierra, que sacuda y despierte a los dormidos, a los anestesiados.

¿Qué es lo que hace que en medio de este panorama tan desolador, nada exagerado aunque lo parezca, nos preguntemos hoy aquí sobre el papel que juegan los intelectuales y los artistas en esta sociedad? Ellos están sometidos a las mismas presiones que los demás, en mayor o menor escala participan también de los sentimientos descritos. No son ni más sensibles ni más inteligentes ni más fuertes ni mejor dotados. Ni menos vulnerables a la corrupción ni más honestos tampoco.

Y sin embargo, pensamos que pueden desempeñar algún papel en esta sociedad, colaborar a la hora de cambiarla, intervenir de alguna manera en la medida en que su proyección pública les da una dimensión que la gran mayoría no tiene. En definitiva, por una serie de razones nos parece que gozan —como dice Chomsky— de una situación social privilegiada en relación con otros.

Este privilegio, que es relativo y depende de muchos factores y es mayor o menor según el grado de notoriedad alcanzado —con frecuencia ninguna, también es verdad—, forma parte del oficio y la mayoría de las veces no se puede eludir, como en el caso de aquellos a los que acompaña la fama. Tal pintor, tal cantante, tal Premio Nobel, tal científico, tal cineasta, son personalidades en ocasiones míticas cuya opinión tienen una gran influencia en los medios sociales. Lo que ellos digan o lo que ellos hagan, de alguna manera va a repercutir en quienes los oigan o los lean. Desde su tribuna pueden llamar la atención, alertar de un peligro, hacer pública la injusticia. Señalar con el dedo al responsable, decir yo acuso.

Esto lo podemos matizar después, en el coloquio, pero es un hecho que la información les es más asequible, que tienen mayores posibilidades de difundirla, que disponen de plataformas y recursos: están en la radio, en la televisión, son entrevistados, publican artículos, libros, dan conferencias. Ni el campesino ni la señora de la limpieza ni el funcionario de la administración ni el tendero de la esquina, por muy preocupados que estén por los problemas, tienen la posibilidad de informarse en fuentes no manipuladas ni de difundir esa información ni de ser portavoces de nada.

Esta situación, más o menos privilegiada, pero favorecida al fin, que convierte al intelectual en una personalidad pública y respetada, lleva consigo una carga de responsabilidad que forma parte del oficio elegido: lo sepa o no, lo quiera o no, lo que el intelectual o el artista haga o deje de hacer, tiene siempre una repercusión social de la que, por pequeña que sea, él es responsable.

Tomar conciencia de la responsabilidad social que conlleva la profesión elegida, es un mínimo gran paso que debería de dar todo intelectual que se precie de serlo, porque en ese conocimiento radica gran parte de su comportamiento futuro. Un paso que le pone en la estimulante situación de pensar en sí y en su entorno, de reflexionar en el puesto que en este entorno ocupa y que, llegado el momento, le capacitará para medir sus actos y asumir sus responsabilidades o eludirlas. Un paso decisivo que le coloca plenamente en el umbral de su oficio tan lleno de escollos y dificultades que no han hecho, sino empezar.

Este conocimiento de su situación en tanto que intelectual, a la vez que le da noticia de las responsabilidades que conlleva, le crea múltiples dudas que le obligan a tomar decisiones que le comprometen, que le atan y le liberan al mismo tiempo, que son como pequeñas ventanas de luz que el indagar va abriendo. Es un proceso complejo donde se avanza pasito a pasito hasta que se va fraguando una conciencia más profunda. De ahí la gran importancia para un intelectual de convertir en observatorio su punto de partida, de arrancar desde la torre más alta mirando no solo alrededor, sino a lejanísimos horizontes que otros no alcanzan a ver, estoy hablando de una responsabilidad ética elemental, como la que en mayor o menor grado acompaña a otras profesiones, la de los médicos, la de los abogados, la de los ingenieros. También los intelectuales tienen la suya como tales, una responsabilidad que les compromete con lo social y les abre a una dimensión política que les humaniza. Dimensión política en el sentido más amplio, común a todos los humanos por el hecho de serlo. Nada extraordinario, pero sí muy importante. Ahora, por lo menos, una vez situado, el intelectual ya sabe en dónde está o en dónde no está y debería estar o en dónde no quiere estar, porque considera que nada le obliga a ello.

Desde esta toma de conciencia previa, imprescindible y propia de su ocupación, que es pensar, los contornos un tanto imprecisos que envuelven el concepto de responsabilidad del intelectual se aclaran y el horizonte se despeja. Sea cual sea su elección —la de asumir su responsabilidad o la de no responsabilizarse y ser un irresponsable a conciencia—, cualquiera que sea, digo, su decisión es siempre preferible a la que se toma desde la ignorancia, porque ha sido asumida con conocimiento de causa y tras sí no deja ambigüedad alguna que desoriente —esa ambigüedad en la que tantos intelectuales navegan perdidos, y tantos otros a sus anchas por lo mucho que les conviene, y que es el caldo de cultivo de la confusión reinante, del oportunismo y de la manipulación. Esa ambigüedad que por sí sola merecería un capítulo aparte.

No estoy hablando del ámbito político, quiero insistir en ello, aunque puede que pronto tenga repercusiones políticas lo que en él ocurre. Estamos aún en esta zona en la que la persona sensible se mueve por reflejos morales de justicia, de amor, de

solidaridad y se pregunta, desde la inocencia, los porqués de lo que va descubriendo, y se asombra, extrañado, de cómo es posible que estando tan cerca no lo hubiera visto antes. No parecía posible que las cosas fueran así, que la realidad aparente encubriera tanta verdad ignorada. Tanta injusticia, tanta mentira, tanta deshumanización.

En momentos tan graves como los que enumeraba al principio, en los que están ocurriendo aberraciones monstruosas y horribles, provocadas por los estados imperialistas, parece que lo mínimo que debería de hacer un intelectual honesto es dejar oír su voz de protesta y de denuncia.

Basta con solo mirar alrededor y asumir dignamente la responsabilidad que le concierne. Utilizar las numerosas ocasiones que su situación le brinda, valerse de sus propios recursos como intelectual. Porque él tiene los medios y la capacidad creadora propios de su oficio para intervenir. Él trabaja con la imaginación; trabaja con el intelecto. Sus posibilidades son infinitas para llamar la atención, para mostrar la entraña oculta de los problemas, para enriquecer el discurso e impedir que el bello deseo de que otro mundo es posible se quede petrificado en consigna.

«No he de callar por más que con el dedo, ya tocando la frente, ya la boca, silencio avises o amenazas miedo», decía el gran Quevedo. Y lo decía bellamente en un soneto utilizando esa situación privilegiada.

Entre nosotros tenemos un ejemplo reciente que ilustra lo que quiero decir: el caso del director del diario *Egunkaria*, Martxelo Otamendi, a quien detienen bajo acusaciones terribles asociadas al terrorismo. Le torturan y al poco tiempo es puesto en libertad. Martxelo denuncia ante el juez primero, ante la prensa después y siempre que puede, en sus conferencias y entrevistas, la tortura a la que ha sido sometido. Cuenta el relato suyo con todo tipo de detalles. Ha sufrido vejaciones terribles, insultos, humillaciones, le han obligado a desnudarse, a permanecer de pie horas y horas, se han burlado de él, le han aplicado corrientes eléctricas, la bolsa de plástico que produce asfixia, golpes, amenazas. Lo que a él le han hecho se lo están haciendo a diario a todos los que detienen. Pero esa mayoría anónima no tiene voz, no tiene credibilidad, se le ignora. En este caso, Martxelo ha hablado por todos ellos. Se ha servido de su situación privilegiada de director de un periódico para contar la verdad. Y esa verdad se ha difundido, se ha oído, se ha abierto camino por entre el muro de mentiras y está circulando.

Cuando el intelectual, consciente de su privilegiada situación, actúa con coherencia y se enfrenta al poder, pasa a ser un sospechoso que corre riesgos muy grandes. A Martxelo le han procesado otra vez por denunciar torturas y ha recibido amenazas de muerte si sigue reafirmando en la denuncia.

Visto fríamente y a distancia, su denuncia fue un acto cívico normal —¿qué menos puede hacer un ciudadano agredido de esta manera por la policía de un país que se dice democrata?—,

acto cívico que, sin embargo, se convirtió en un gesto heroico, dadas las condiciones de represión que estamos viviendo en el País Vasco, y ha tenido una gran repercusión política.

Es así como se complejizan las situaciones. Gestos de dignidad como este son los que en ocasiones conducen al que los practica a posteriores pasos políticos de gran trascendencia. Uno no se había propuesto ser político, pero un día descubre que el ser humano consciente no puede eludir esa condición. Pensar y ser coherente con lo que se piensa tiene sus riesgos. Es un camino difícil, es verdad, toda una larga aventura que puede condicionar una vida y que a muchos les da miedo y la abandonan. Pero para otros merece la pena frente al adocenamiento, la anestesia y la muerte que nos preparan si no reaccionamos a tiempo.

Es así como a veces desde un sencillo comportamiento coherente con la sensibilidad y la dignidad llega uno a tomar conciencia política profunda. Es así como Howard Zinn, que fue bombardero en la Segunda Guerra Mundial y creía honestamente que venía a Europa a luchar por la democracia, tomó conciencia de la mentira y la aberración en la que le habían implicado y llegó a ser el magnífico historiador de «La otra historia de los EE.UU.» y la gran persona de admirables dimensiones humanas y políticas. Es así como el Che dejó de ser médico y se transformó en ejemplar revolucionario. Son elecciones muy respetables todas. Nadie nace enseñado y el intelectual y el artista tampoco, pero si toman conciencia de su situación privilegiada y deciden actuar en consecuencia, pueden convertirse en una fuerza creadora que abre e ilumina caminos.

Este aspecto tan elemental no parece merecer demasiada atención para quienes deberían prestársela. En las democracias formales o representativas, para limitarme a lo que tengo cerca y es mi entorno, los intelectuales, salvo rarísimas y heroicas excepciones, cierran los ojos y se arriman al poder. A veces de una manera muy visible y hasta ostentosa. Otras, la mayoría, de una manera más o menos soterrada, consintiendo desde la penumbra, al amparo siempre de la confusión.

En una democracia como la que padecemos en España, a diferencia de lo que ocurría anteriormente con la dictadura, estar con el poder no exige ningún esfuerzo de ocultamiento, al contrario: ni está mal visto ni da ninguna vergüenza y hasta es un *status* muy deseado. Es también cómodo, con no ver lo que no debe ser visto, con no hurgar en lo que no debe ser aireado. Con ocuparse de lo suyo propio, sin más, el intelectual de la democracia goza de grandes libertades de expresión. En nuestra «democracia» puede tratarse libremente cualquier problema, siempre y cuando no se aborden los cuatro o cinco temas considerados tabúes. De hacerlo, hay que cuidar mucho el tratamiento, para lo que hay un acuerdo tácito del que nunca se habla. Ya se sabe que la violencia solo la practican los «terroristas», que la tortura es una lacra de otros países, de otras latitudes menos civilizadas, que nada tiene que ver con el exquisito tratamiento que la policía o la guardia civil da a los detenidos. En cuanto a lo vasco, es este un problema

ancestral, de fanáticos separatistas, que no tiene razón en plena modernidad del siglo XXI.

Pequeñas complicidades sin importancia que les reportarán al que las acepta compensaciones en múltiples formas. Al poder le conviene tener intelectuales de este tipo, gentes dóciles que acatan y se amoldan, que están ahí arropando en silencio, que ni hacen ruido ni molestan, que en ocasiones, cuando el revuelo de algún acontecimiento lo requiere, incluso aparentan criticar severamente el sistema para así reforzarlo. Gentes que cuando se asoman en público repiten sin pudor alguno; «nosotros los demócratas» y se quedan tan campantes. El poder los mima, los gratifica, los premia.

Pero de la misma manera que premia a unos, castiga a los disidentes, como acabamos de ver con Otamendi. Aquella situación privilegiada, de la noche a la mañana, se convierte en peligrosa.

Cuestionar la «democracia», en una democracia formal, es una falta muy grave, mucho más de lo que parece, porque quienes gobiernan parten siempre de un principio, elevado a categoría absoluta que corta toda discusión, según el cual en una democracia «nunca ocurren estas cosas tan terribles»: no se tortura, no se violan los derechos humanos, es falso que no haya libertad de expresión. Son calumnias inventadas por los terroristas. De ocurrir y demostrarse, son excepciones, actos aislados de algún loco que se desmanda y que no hacen, sino confirmar la regla de lo afirmado. Desde esta óptica, el que haciendo caso omiso de las sutiles advertencias, insiste en la denuncia, pasa a ser un enemigo. Un enemigo que, inmediatamente, relacionarán con los terroristas o con el entorno de los terroristas o con el entorno del entorno de los terroristas. Si se trata de un intelectual conocido, lo frecuente es que se inicie una campaña de desprestigio que puede acabar marginándolo o considerándolo como un loco.

Cuando el intelectual o el artista se rebela abiertamente contra el poder, entonces llega el acoso, la persecución y en ocasiones la muerte. En esta sala se dijo los primeros días que alguien sentía vergüenza de ser intelectual cuando se comparaba a los trabajadores. No estoy de acuerdo. Se puede sentir vergüenza de tal o cual comportamiento que uno ha tenido, de tal o cual inhibición, etcétera. Pero el intelectual y el artista que toma conciencia de su responsabilidad y se implica en una lucha y es coherente con sus principios, no se diferencia en nada del sindicalista coherente, del campesino coherente, del administrativo coherente. Todos están implicados en un mismo proceso y para el poder todos son enemigos a eliminar. ■

Texto para los ASKE-encuentros sobre el compromiso del intelectual.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/196_31.html



Yo creo en el ángel de *La Jiribilla* porque creo en los ángeles verdaderos, a los que puedes ver y a veces tocar, a los que puedes hacerles preguntas y a los que en ocasiones, y esto ya es lo mejor que puede hacer un ángel, te piden cosas, cosas como que escribas de repente en media hora el texto de una presentación.

Hubo un tiempo, ahora me parece inimaginable, en que yo no conocía *La Jiribilla*. Entonces Rosa Miriam Elizalde me dio la dirección de la revista. Fue así como comprobé que lo imposible al actuar sobre lo posible había engendrado un posible en la infinitud. Lo imposible, pero también lo ya realizado, la Revolución, había engendrado un sitio, en el sentido metafórico y en el sentido real.

La Jiribilla es una revista cultural; *La Jiribilla* es, como todas las revistas culturales, una revista política, y es, sin duda, un instrumento de combate para quienes no estamos en el frente, en la situación más dura y peligrosa, sino que estamos en la retaguardia, en una situación más cómoda, pero también mucho más solitaria.

Fig. 14 Porque en el frente, como explicara el otro día Pedro Urrea, se está rodeado de amigos, se sabe por qué se está y con quién se está, mientras

que en esa especie de retaguardia y también quinta columna que somos nosotros, a menudo se está solo o rodeado de enemigos o de gente que no se sabe lo que es. En esa situación, tantas veces he acudido a *La Jiribilla* para discutir con otros, y no con mis argumentos, sino con los que estaban en la revista. Y tantas veces he usado *La Jiribilla* como ejemplo, apenas para decir, entra ahí y mira tú y comprueba tú y toca tú, como santo Tomás, eso que dices que no te crees.

Luego, un día, decidí que *La Jiribilla* fuera mi página de inicio, porque empezar a escribir abriendo *La Jiribilla* era como saber en dónde estamos, a dónde pertenecemos, qué es lo real y lo que importa y, sobre todo, cuál es el sitio desde donde se miran los demás sitios.

Después empezó a ocurrir que los ángeles de *La Jiribilla* no solo estaban ahí, midiendo, argumentando, contando, sino que aun a veces tomaban la iniciativa y entraban a batallar también en nuestro propio territorio, y sucedía que una revista de cultura cubana hiciera el mejor dossier que se ha hecho en la prensa española sobre un caso de represalia ocurrido en el suplemento literario del periódico *El País*.

Hoy estamos aquí para presentar un CD multimedia en donde se encuentran los primeros 190 números de *La Jiribilla*. Es, sin duda, un CD inquietante, puesto que no solo contiene argumentos, imágenes, ensayos, cuentos, etcétera, sino que también contiene ángeles de los que piden y batallan cuando menos te lo esperas. Yo quiero dar las gracias porque repartir, grabar, prestar este CD me va a permitir reclutar a algunos nuevos amigos, y dialogar con otros. Quiero dar las gracias también por haber podido conocer a las personas que número tras número, durante 197, y sin fallar nunca, y respondiendo siempre, han elaborado todo

el material que contiene el disco. Das la mano y te cogen el brazo, decimos en España para contar cómo alguien a veces se aprovecha de algo y eso es lo que yo voy a hacer ahora. Voy a aprovechar esta ocasión que me han brindado para hacer una solicitud.

En estos días el ministro de Cultura, Abel Prieto, me ha conferido toda clase de títulos honoríficos: novia, musa, títulos que yo le agradezco mucho, pero que en este instante, como se ha traspasado la feria de Brasil a Venezuela, traspaso también para otras personas que los merecen más. Hay, sin embargo, un título que además no quisiera fuera honorífico, sino real y que ahora formalmente solicito. Quisiera, si es posible, ser nombrada corresponsal de *La Jiribilla* en Madrid y estoy segura que tanto Pascual Serrano como Santiago Alba (periodistas de Rebelión.org) lo desean también. De este modo, cuando me pregunten qué soy y no quiera decir que soy novelista, porque no estoy segura de creer en las novelas; y no quiera decir que soy guionista, porque no estoy segura de creer en las películas; y no quiera decir periodista porque sin duda no creo en los periódicos en los que escribo, podré decir que soy corresponsal de *La Jiribilla*. Jugamos con ventaja, pues imagino que los corresponsales no tendremos que trabajar tanto como trabajan los redactores y demás miembros de *La Jiribilla* aquí. Pero aun si tuviéramos que hacerlo, mantendríamos nuestra solicitud. Hagamos, pues, aquí un pacto que selle, más aún si cabe, la rebelión y el ángel, la retaguardia y el frente, los 190 números que hoy presentamos con los 1 900 que vendrán. ■

Palabras de presentación del CD *La Jiribilla*, 190 números. XIV Feria Internacional del Libro de La Habana. Sala Nicolás Guillén, 13 de febrero de 2005.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n197_02/197_37.html



Elecciones

sobre cadáveres

Augusto Zamora
España



Relevantes medios de comunicación y políticos occidentales no han dudado en calificar lo que se celebró el pasado 30 en Iraq como «las primeras elecciones democráticas» de su historia. La afirmación es un alarde de cinismo o de ceguera, porque nadie que crea en una democracia verdadera puede aceptar como tal la farsa organizada por EE.UU. No sin deformar hasta tal punto los fundamentos de la democracia que pueda llamarse así a cualquier remedo de consulta popular, donde lo que importa no es el país, sino el poder. Iraq es, huelga recordarlo, un país ocupado por 200 000 soldados extranjeros y en guerra. Un Estado soberano invadido en el 2003 en violación de las leyes más fundamentales del Derecho Internacional y donde a diario son asesinados, torturados y atropellados centenares de ciudadanos, sin que haya ley ni autoridad que vele por sus derechos. Un país que ve cómo son destruidas ciudades, pueblos y barrios por las fuerzas invasoras, en medio del silencio cómplice de tantos gobiernos, más preocupados en complacer a la potencia ocupante que en detener la destrucción de Iraq y los crímenes que a diario se cometen.

Las «elecciones», además, estaban tan plagadas de arbitrariedades que, de no ser EE.UU. el organizador —o si su promotor hubiera sido un país adversado por Occidente— la descalificación de las mismas sería general. Se realizaron, en primer lugar, en ausencia total de libertad, pues nadie honesto puede creer que un país agredido y ocupado puede ejercer libremente su derecho a la autodeterminación. Las elecciones en Timor Este se celebraron en 2001 bajo supervisión y control de la ONU, dos años después de que el ejército indonesio abandonara el país. Nadie pensó jamás en celebrar elecciones mientras Timor permaneciera bajo la ocupación de tropas extranjeras.

En segundo lugar, no existía un censo fiable ni se había identificado mínimamente a los votantes. Esta carencia esencial permitirá a EE.UU. adulterar las cifras de participación y dirigir «votos» hacia sus candidatos protegidos, de forma que gane quien menos le odie. Tampoco existía autoridad electoral legítima e independiente que velara por la limpieza del recuento ni garantizara las mínimas libertades electorales que exige el juego democrático. Los partidos que adversan la ocupación están ilegalizados o integrados en la resistencia. Desde que se convocaron las «elecciones», optaron por retirarse 53 partidos de los 84 que se presentaron inicialmente, por la precariedad de las mismas y la ausencia de garantías. La farsa era tan burda que hasta podían votar 150 000 israelitas de origen iraquí.

En la conferencia de Sharm el Sheij, en Egipto, Francia presentó una propuesta, no aceptada, con tres condiciones para superar el desastre en Iraq: la participación de todas las fuerzas iraquíes, incluida la resistencia, en cualquier propuesta de solución; pasar el control de Iraq a la ONU y fijar una fecha de retirada de las tropas extranjeras. El rechazo de esta propuesta revela la intención de mantener *sine die* la ocupación de Iraq, que es igual a decir la de prolongar la guerra y la destrucción y, por supuesto, la de mantener dominado el país. No se ha gastado EE.UU. 300 000 millones de dólares para devolver Iraq a los iraquíes.

Dar por buenas unas «elecciones» celebradas en tales condiciones no solo agitará la confrontación en Iraq, sino que implicará legitimar las guerras de agresión y validar los crímenes internacionales. Se echarían por tierra no solo la Carta de la ONU, sino el Tribunal Penal Internacional, pues carecerá de sentido defender un orden jurídico mundial y un tribunal cuando basta una farsa electoral para limpiar los crímenes más abominables.

EE.UU., que inventó las democracias bananeras en el Caribe, intenta imponer en Iraq una democracia de cadáveres. Invade el país, coloca un gobierno títere, mata, encarcela y tortura a los opositores y convoca «elecciones» sin garantías en las que participan solo los suyos. Con el remedo electoral, la ocupación y la guerra devendrán correctas políticamente y Bush podrá proclamar, sobre un país devastado, que EE.UU. ha cumplido con su misión civilizadora. El modelo no es nuevo. En Latinoamérica fue aplicado por décadas. Y todavía se están contando los cadáveres. ▀

Augusto Zamora R. es profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid.
http://www.lajiribilla.cu/2005/n196_02/laopinion.html

gustavor@enet.cu

Garrinsh



Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Diseño:

Eduardo Sarmiento

Darien Sánchez

Ilustraciones:

Camaleón



Realización:

Isel Barroso

Webmasters:

René Hernández

Janios Menéndez

Corrección:

Odalys Borrell

Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde

Julio C. Guancho

Rogelio Riverón

Bladimir Zamora

Omar Valiño

Joel del Río

Daniel García

Ernesto Sierra

Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #4 esq. Tacón, La Habana Vieja.

☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00

www.lajiribilla.cubaweb.cu

www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

